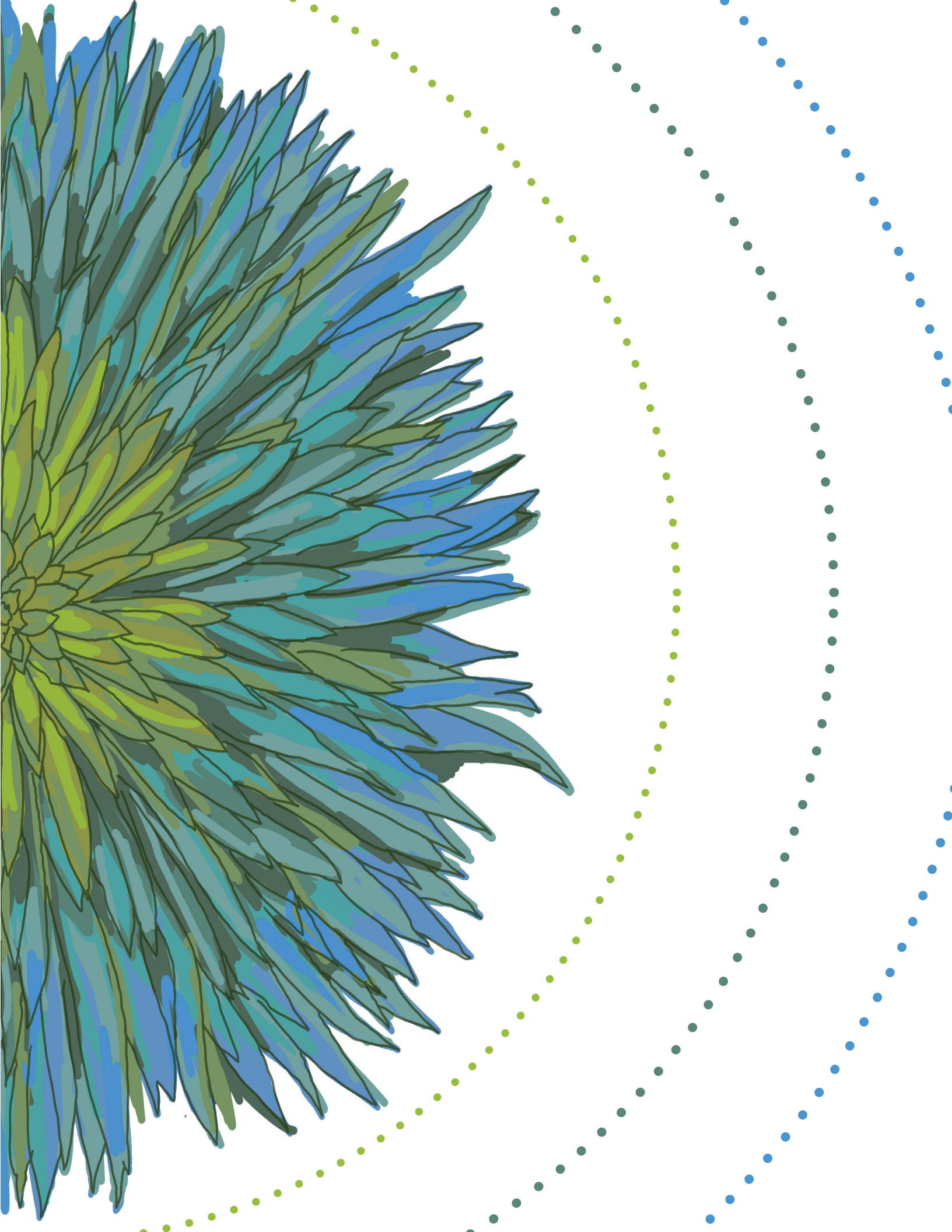
El Higuerón

Edición Páramo. Siguiendo el camino del agua.



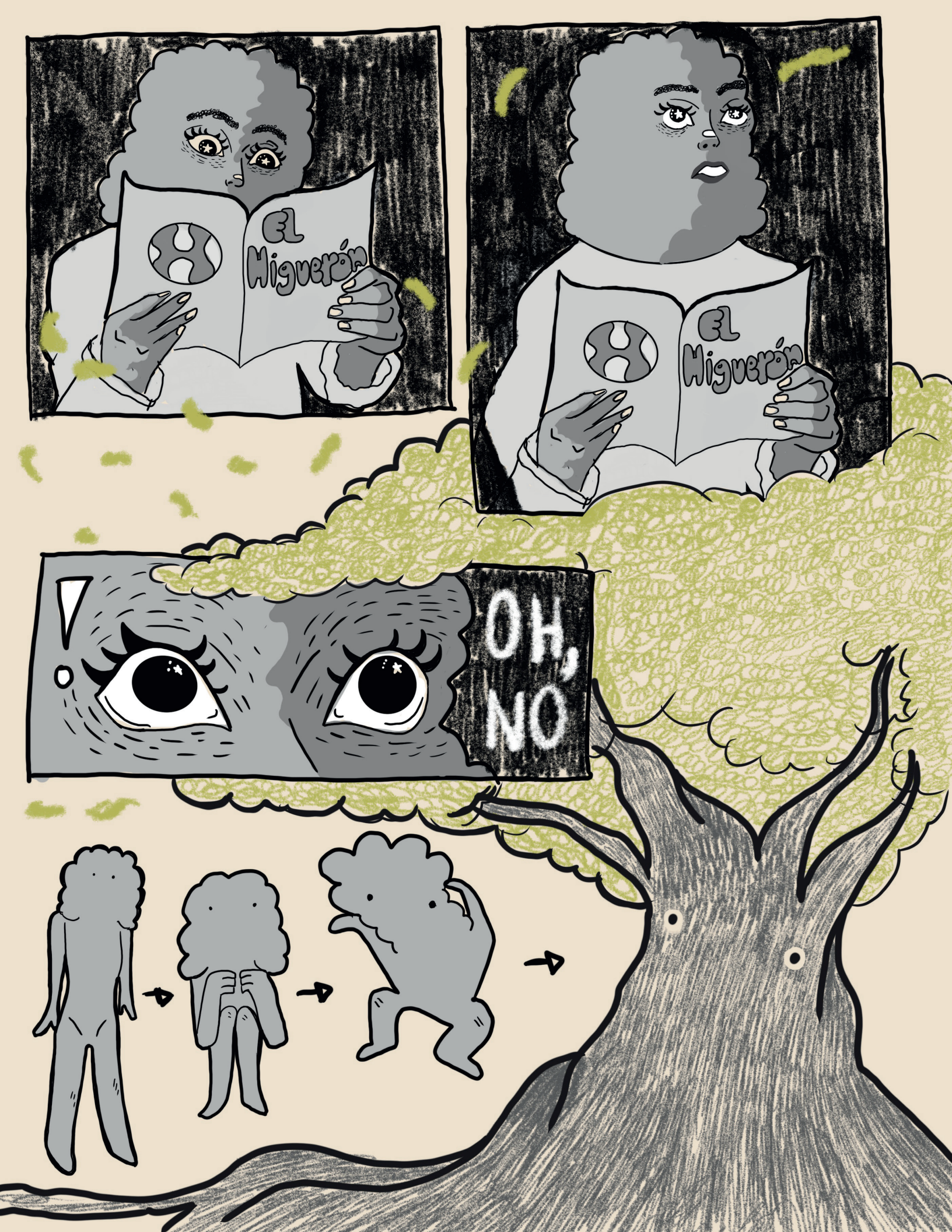
| NÚMERO 1 | JULIO-NOVIEMBRE, 2024 | Bogotá | ISSN xxxx-



Diseño de portada
María José Sánchez

Diseño de contraportada
María Alejandra Gómez Arroyo

Ilustraciones
Sara Juliana Camargo Molano


El Higuerón
El Higuerón
OH, NO

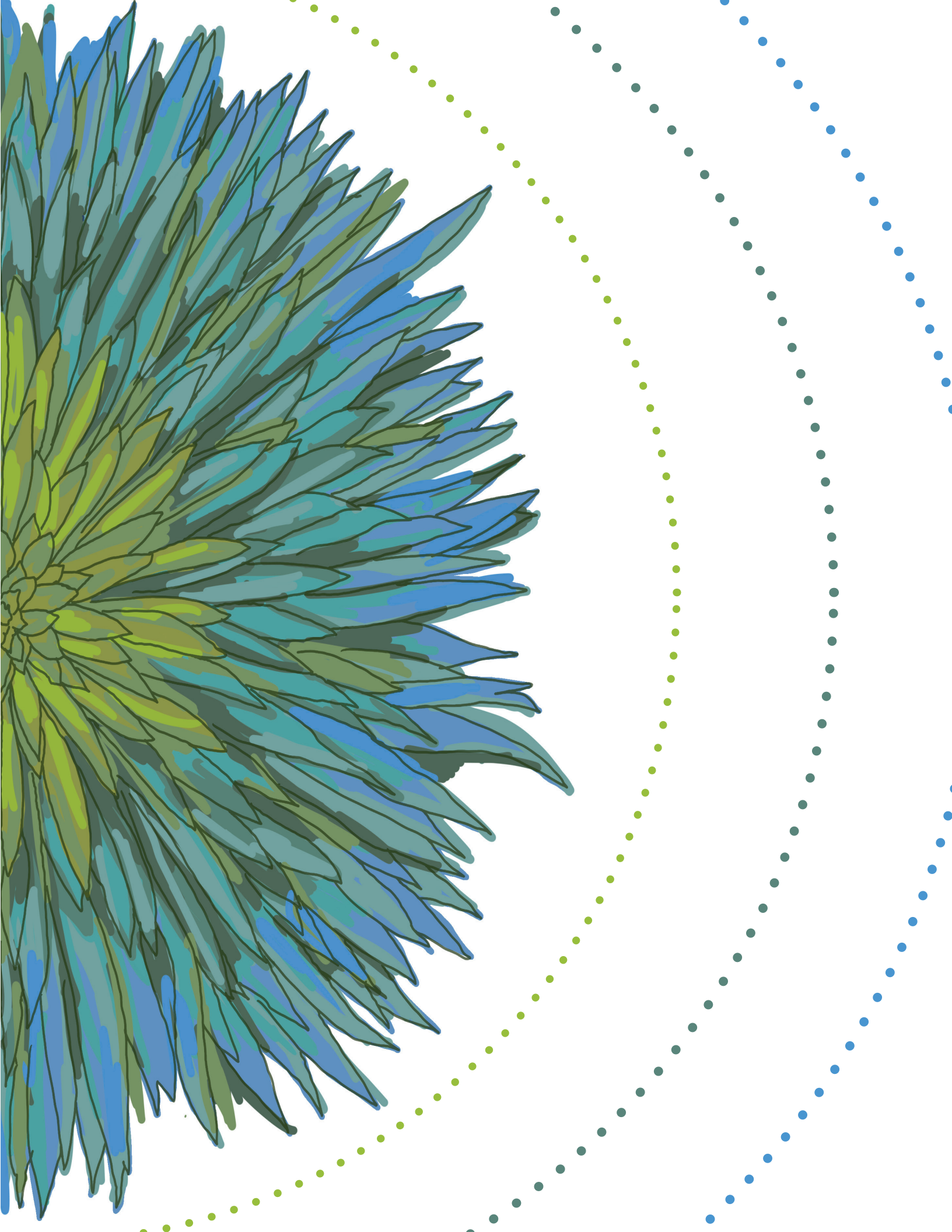
El Higuerón,

El hogar más antiguo fue el bosque. Refugio para seres humanos y animales, el elemento que predomina en su ecosistema es el *árbol*. Esta última palabra hace referencia a una planta orgánica con un tronco leñoso y con una serie de ramas que crean una copa frondosa de hojas. Sin embargo, es mucho más que eso.

Por un lado, además de su carácter de morada, fue de los primeros elementos que los humanos consideraron como algo sagrado. De hecho, el templo más antiguo fue el bosque —ya nos lo recordó Baudelaire en el siglo XIX, luego de que nos olvidáramos de nuestros propios mitos y leyendas—. Por otro lado, es bien sabido que sin árboles no hay planeta como lo conocemos. A pesar de su importancia simbólica y su aporte a la estabilidad del medio ambiente, le hemos venido restando importancia —o más bien, vitalidad— con el paso del tiempo. No obstante, algo que nos ha mostrado la naturaleza es que el resurgimiento de la vida es posible. De hecho, luego de un incendio quedan las cenizas y, a pesar de que la recuperación del suelo depende de muchos factores, estas contienen nutrientes que permiten, al menos, una sensación de esperanza para el renacer. En realidad, no importa si la germinación se da por siembra natural o directa, lo primordial es que nazca un árbol: Siete cueros, Caucho Sabanero, Chicalá, Borrachero o Cucharo. En esta ocasión, quisiera centrarme en el Higuerón.

El higuerón es un árbol amazónico. Sus amplias y frondosas copas ofrecen su sombra; sus ramas cargan frutos que atraen a las aves; y sus grietas se disponen como territorio de protección para los animales. Una característica particular es que su tronco es hueco, así que cuando se golpea su corteza, esta resuena con los árboles a su alrededor. Las personas lo usan para comunicarse entre ellas o para encontrar a alguien que se encuentre perdido y mostrarle el camino. El higuerón *resuena,* vibra con su entorno, de allí que se escogiera como el nombre de la revista: se procura resonar con otros árboles. En otras palabras, la *Revista El Higuerón* busca arborizar, hacer las acciones necesarias desde las letras y la escritura para que haya muchos árboles y reforestar, por así decirlo, las comunidades educativas desde el deseo de darle agencia política a las y los conformantes de la Pontificia Universidad Javeriana. Para lograrlo, se les invita a compartir sus textos para que sus voces sean escuchadas como una suerte de pájaros cantando, y así, dar a conocer el ecosistema que habitamos. Una de las apuestas de las integrantes de la revista es la escritura colectiva, por eso, lo que lea de ahora en adelante, querida lectora o lector, será un texto tejido a varias manos.

Por Dea Ballán
Ilustración por María Alejandra Gómez Arroyo



Índice

1 **Les autores**

4 **Dormancia**

5 Se nos quema la casa. ¿Qué hacemos al respecto?
Natalia Londoño Cendales

9 Tres poemas de cristal nublado
Jorge Piragua Forero

13 El día en que mamá se fue otra vez
Jacobo Amaya Camargo

18 **Germinación**

19 Hoja de seguridad del glifosato
Mariana Herrera Mendoza

22 La identidad colectiva definida por la domesticación colonial del territorio
Mariana Herrera Mendoza

28 (Re)pensando el territorio: un recorrido sonoro por la guerra en Colombia
Melissa Medina Ramírez

34 Támara, un municipio sobreviviente de la violencia
María Alejandra Gómez Arroyo

39 Agua nuestra
Melia Alzate Perea

41 A ti
Sofía Suspes Melo

42 Jardinería y salud mental
Nicolás Toquica Guerrero

47 Revolucionar el jardín
Sara Juliana Camargo Molano

56 **Florescencia**

57 La representación de la selva como lo otro en *La vorágine*
Lorena Andrea B. Galindo

61 Un "abismo antropófago": naturaleza que grita y devora
Valeria Gómez Pérez

65 Ausencia y presencia: la imposibilidad de la paternidad en *La vorágine*
María José Fandiño Zorro

69 La sensibilidad en la escucha del silencio
María Fernanda Barrientos Sánchez

75 Las diversas caras de la feminidad
Sara María Jaimes Durán

77 Sobre el embrujo: la relación ecoica entre el humano y la selva
Valentina Cianci Sánchez

81 Suena la vorágine
Jorge Ernesto Ramirez Cuastuza

85 **Referencias de imágenes**

86 **Página legal**

Laura A. "Dea" Ballán E.
El Higuerón, árbol selvático comunitario
dea.bellan@gmail.com
Profesional en Estudios Literarios egresada de la Pontificia Universidad Javeriana

Natalia Londoño Cendales
Se nos quema la casa: ¿qué hacemos al respecto?
natalialondono@javeriana.edu.co
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

Mariana Herrera Mendoza
Hoja de seguridad del gifosfato
La identidad colectiva definida por la domesticación colonial
herreramm@javeriana.edu.co
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

Melissa Medina Ramírez
(Re)pensando el territorio: un recorrido sonoro por la guerra en Colombia
mlssmedina107@gmail.com
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

Les autores e ilustradores

Sofía Suspes Melo
A ti
suspesms@javeriana.edu.co
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

Nicolás Toquica Guerrero
Jardinería y salud mental
jtoquicag@gmail.com
Estudiante de la Universidad del Rosario

Valeria Gómez Pérez
Un abismo antropófago: naturaleza que grita y devora
valeria-gomez@javeriana.edu.co
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

Maria José Fandiño Zorro
Ausencia y presencia: la imposibilidad de la paternidad en La vorágine
fandinoz.mj@javeriana.edu.co
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

Valentina Cianci Sánchez
Sobre el embrujo: la relación ecoica entre el humano y la selva
valentina_cianci@javerina.edu.co
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

Jorge Ernesto Ramírez Cuastuza
Suena La vorágine
jorgee_ramirez@javeriana.edu.co
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

Jorge Piragua Forero
Tres poemas de cristal nublado
jorgepiraguaforero@javeriana.edu.co
Egresade de la Pontificia Universidad Javeriana

Jacobo Amaya Camargo
El día en que mamá se fue otra vez
jacoboamayac@gmail.com
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

María Alejandra Gómez Arroyo
Támara, un municipio sobreviviente de la violencia guerrillera
gomeza_ma@javeriana.edu.co
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

Melia Alzate Perea
Agua nuestra
mluzmelia.alzate@javeriana.edu.co
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

Sara Juliana Camargo Molano
Revolucionar el jardín
sj.camargo@javeriana.edu.co
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

Lorena Andrea B. Galindo
La representación de la selva como lo otro en La vorágine
lbarrera@gmail.com
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

Maria Fernanda Barrientos Sánchez
La sensibilidad en la escucha del silencio
maf.sanchezz@javeriana.edu.co
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

Sara María Jaimes Durán
Las diversas caras de la feminidad
sarajaimesdu@gmail.com
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

Maria Fernanda Martínez
mariafmartinez@javeriana.edu.co
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana

Alejandra Sanabria Valbuena
alejandrasanabriav@javeriana.edu.co
Estudiante de la Pontificia Universidad Javeriana



Dormancia

¿Devastación o dormancia? ¿Quedarnos con las cenizas o proteger la semilla, el brote interno? La dormición es una reacción de las plantas y las semillas para adaptarse y superar situaciones adversas, un momento menguante entre las llamas, no la muerte, no la destrucción, el sueño de preservación en la espera asfixiante. Al igual que los frailejones en el páramo de Berlín que supieron rebrotar entre hojas calcinadas un febrero de 2024.

SE NOS QUEMA LA CASA

¿Qué hacemos al respecto?

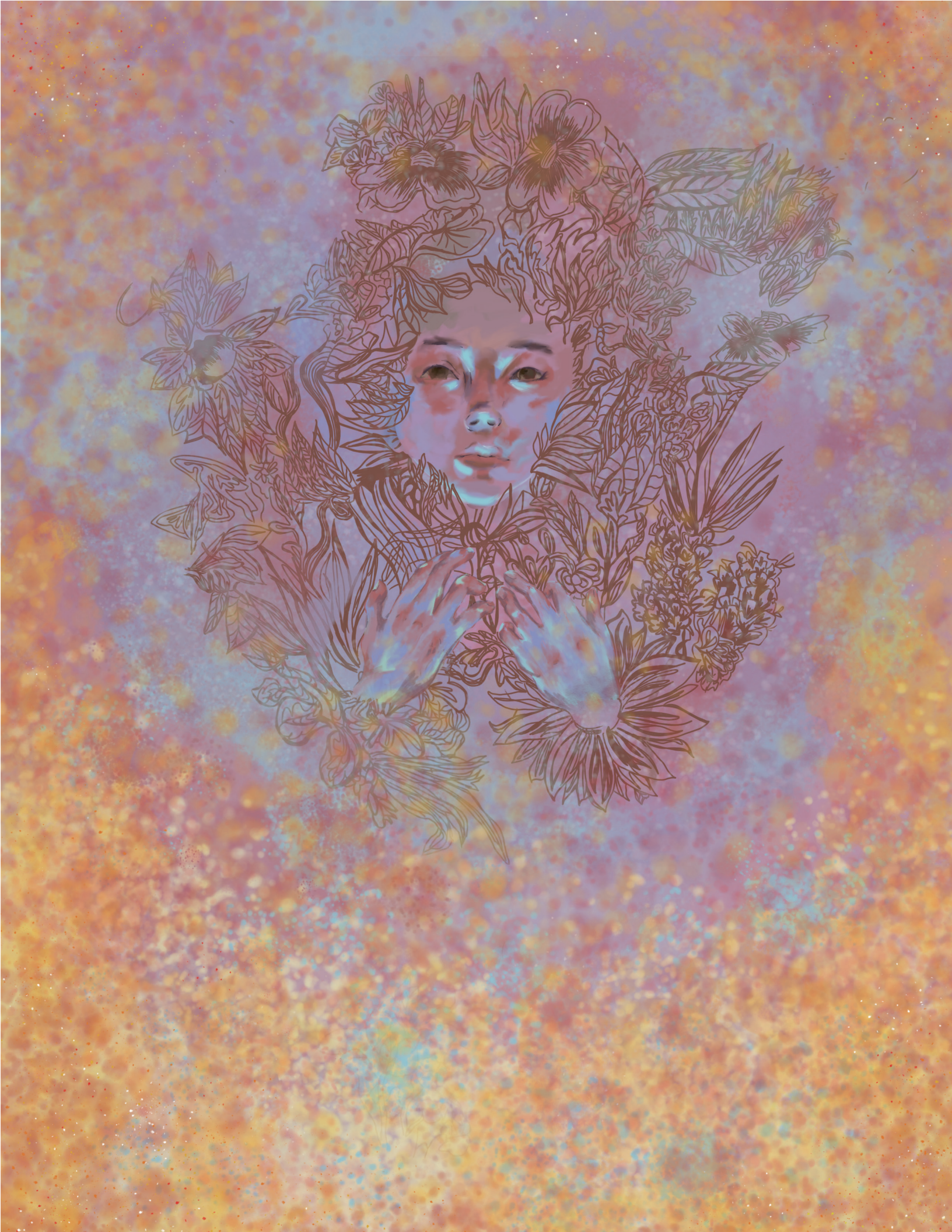
Por Natalia Londoño Cendales
Ilustración por Sara Juliana Camargo Molano

El sentir que tiene un corazón para con un territorio cambia constantemente, el mío no fue la excepción.

Nací en la ciudad de Bogotá, en el año 2001. Ingresé a la incubadora. Fue un parto al natural, colmado de todas las complicaciones que por derecho le están establecidas. Me mudé varias veces: San Cristóbal Norte, Suba, Barrancas, Usaquén... después llegó Chía. Ya no queda nada de lo que era Chía en ese tiempo. Allí duré apenas un año, porque en el 2013 llegamos a Sopó. Tenía apenas doce años.

Cuando se conoce aquel pequeño municipio por primera vez da la impresión de ser un pequeño pueblo de juguete. Para el imaginario que tenía en ese entonces, aquel pueblo era un paraíso: lo veía tranquilo, amistoso, una villa escondida entre las montañas de la sabana. Faltó que creciera para darme cuenta de que "paraíso" no era precisamente la palabra más acertada. Era un pueblo con sus complejidades (algo que parece obvio, pero se nos olvida más frecuentemente de lo esperado), habitado por personas que me hubiese gustado no conocer jamás, quienes hirieron mi cuerpo y mis adentros: llegué a odiar sus calles, su terminal de buses, llegué a sentirme asfixiada ante el imponente cerro Pionono mirándome fijamente día y noche, con sus águilas siguiéndome el paso.

Me refugié en mi cuarto y cerré las cortinas, un acto político cuando se trata de intentar desconectar los



nexos con el territorio que se habita. Me escondí entre las paredes de mi casa, una fortaleza de ladrillo situada a los pies de la montaña, de los árboles y de la quebrada. En los brazos verdes de la naturaleza no hay cabida para el rencor y el odio. Jamás el pasto me juzgó.

En las noches solas y frías escuchaba el suave silbido del viento que se colaba entre las casas. El arroyo cantaba un poco más fuerte para ver si una que otra nota me tocaba nuevamente el alma. Y así fue. Volví a mirar el atardecer, aquel que en Sopó es tan singular, como una pintura naranja con rosáceo. Volví a sentir el aire que baja por el cerro y cae por las calles que conectan la sabana. Mi sanación tuvo lugar bajo los ojos del camino de los indios, ruta de peregrinación de distintas comunidades Muiscas viajeras, quienes dejaron tras de sí familiares, amigos, objetos simbólicos, historias grabadas en las piedras y raíces de un municipio fuerte.

Es difícil reflexionar sobre estas cosas cuando la distancia con la tierra que pisamos se hace cada vez más prolongada. No caí en cuenta de lo mucho que me sentía soposeña hasta que vi el cerro arder en llamas. Una parte del cerro se evaporaba y hacía cenizas en la vereda el Chuscal, lugar en el que empecé a sembrar las semillas de enseñanza, allí donde di mis primeros pasos como profesora. Mientras corría e intentaba detener el fuego, familias de niños a quienes había acogido en mis clases bajaban desesperanzadas, con la preocupación tallada en los rostros. Reconocí muchas caras, otras jamás las había visto en la vida. Todos mirábamos al mismo punto, hacia donde el fuego se alzaba como un demonio imponente dispuesto a engullir todo a su paso.

Fue un trabajo agotador, exhaustivo y asfixiante. Dos casas perecieron en el proceso. Fueron rescatados roedores, reptiles y aves. Otros no corrieron con tanta suerte. Había muchas manos trabajando, subiendo y bajando el cerro. Mujeres y hombres lloraban por igual, mientras azotaban con fuerza las palas para apagar la ardiente brasa. Fueron casi doscientos soposeños hombro a hombro intentando salvar el cerro. La ayuda no fue en vano. Se quemaron aproximadamente veinte hectáreas que pudieron ser cuarenta o cincuenta sencillamente. La organización, la cooperación, las redes de apoyo salieron a relucir. Todos trabajando por un territorio que nos ha cobijado por generaciones con sus suaves notas verdes.

Qué sensación tan distinta la de estar frente a frente con las llamas, ante la impotencia de no poder hacer nada. Cuando la destrucción se hace tan presente y se

vuelve cercana, hay cosas del día a día que empiezan a carecer de importancia. Empezamos a reflexionar acerca de por qué hacemos lo que hacemos. Sobre las críticas que pueden hacerse ante la situación actual y la desmesura del cambio climático, ya muchas están siendo abordadas. Pero yo insisto en que poco se habla de la pedagogía, poco se habla de la educación como base de la vida. Y no hablo de la educación sobre pupitres y maestros con ínfulas de grandeza que repiten de memoria aquello que les entró a la fuerza, pues eso jamás será educación. Hablo del aprender a respirar, aprender a observar, aprender a sentir, aprender a escuchar. Hablo de pausar la prisa y atender a los pequeños detalles, allí donde la belleza se oculta.

¿Ha evolucionado la forma en la que nos educamos? No, muy poco, Llegan nuevas tecnologías, pero en el fondo, la metodología es la misma. El conocimiento se ha limitado a pequeñas aulas y de ahí surge la desconexión con el mundo, con los atardeceres naranjas y rosáceos, con la brisa que silva y el arroyo que canta. La academia ha hecho bien en sus intentos de aislar nuestras mentes del resto de nuestro cuerpo. ¿Quién en su sano juicio llegó a creer posible que existiese un investigador neutral y objetivo? Aquel que desarrolle la habilidad de prestar atención a sus sentidos no puede ser neutral, porque el ser humano no es un ente abstracto desligado al territorio. Soy producto y, al mismo tiempo, constructora de Sopó. Lo formo, le doy cuerpo y él me moldea a mí.

Creo firmemente que nunca antes en la historia de la humanidad se habían hecho tan pertinentes las acciones inmediatas como ahora. El tiempo que queda es poco, corto y aterrador si continuamos en la masacre de la tierra. ¿Por qué normalizamos la quietud e indiferencia ante una noticia tan crónica? Es necesario producir conocimiento dentro de las aulas y afuera de ellas, de la mano con las semejanzas y las diferencias. Cada vez es más necesario revolucionar un sistema que se alimenta de quemar la vida y nuestros cuerpos. La calma está presente hasta que el cerro que te observa cuando sales a tu balcón arde en llamas y amenaza con llevarse consigo recuerdos, memorias, sentimientos y personas que te han conducido a ser lo que hoy eres. El territorio no solo es un cúmulo de piedra y madera, son redes humanas, inter-especie, subjetivas e intangibles que sostienen todo lo que se pueda entender por realidad y humanidad.

El cerro de Sopó hoy descansa gris, cubierto de cenizas, con la tierra herida, desierta. Las consecuencias del fuego y del actuar humano no quedarán en silencio. Estamos expectantes.

Por Jorge Piragua
Ilustración por María Fernanda Martinez

Culebra paramera

Atractus crassicaudatus

El páramo subterráneo
es sustancialmente distinto
a la superficie congelada.

La humedad da parto
a gusanos y lombrices
que se abrigan con la tierra;

tierra no cristalizada
y fértil para quienes
no soportan el aire gélido.

Una serpiente pequeña
y negra vive dentro del
espejo ocre de los andes,

y los gusanos e insectos
desaparecen a su paso,
ahora en doble abrigo:

tanto del suelo
como de las entrañas
recubiertas por escamas.

Escondida, perdurando
bajo las pisadas de los venados
y los frailejones,

la culebra paramera
es la sombra del puma
que acecha dentro del suelo.



TRES POEMAS DE CRISTAL NUBLADO

Turberas

En el páramo hay campos
de ojos oscuros llenos de lágrimas.
Las pestañas son vegetales,
alzándose sobre las aguas;
los lunares son plantas trémulas
en forma de cojín; carne gelatinosa
y frágil representación del agua.

Sedimentos y materia orgánica
se acumulan en el fondo
coloreando el iris de castaño oscuro;
sobre este cimiento el agua es pura.

La mirada de estos ojos lentamente se cierra,
es su naturaleza desaparecer en algún momento.
Las turberas son testigos
de que el tiempo lo reseca todo.







Árnica amarilla

Senecio niveoaureus

Enraizado sobre el aire,
que es lo mismo que la arena,
crece el senecio como las canas
en los lóbulos de un anciano.
Y florece entre la nieve
su esquemática serie
de verrugas amarillas, encendidas
por el reto diario de vivir.

Si hubiera plantas más allá de las plantas,
es decir, una *metaflora*, seguramente
el árnica amarilla estaría
clasificada más allá de las clasificaciones.

Porque si el superpáramo
es el auténtico *Plus ultra* tropical,
el senecio es el *Plus ultra* vegetal,
o la planta que supera los límites,
la planta que aprendió de la nieve
su color, su oficio y su vejez.



DISPONIBLE EN SPOTIFY Y YOUTUBE

DESCUBRE LA HISTORIA DE UN

Cuarenta metros de altura, un follaje que cubría casi tres mil metros, un tronco tan imponente que se necesitaban ocho personas para rodearlo y más de 170 años en el corazón del parque central de una comunidad. ¿Qué significa perder un árbol? *Bajo la sombra de la Ceiba* es un podcast en tres episodios que explora el vacío y el impacto emocional tras la caída de la Ceiba de la Libertad en Gigante.

Basado en una tesis en Estudios Literarios, este relato sonoro te invita a reflexionar sobre el valor de los símbolos naturales y el duelo colectivo.

EL DIA EN QUE MAMÁ SE FUE OTRA VEZ

Mamá, por su propia solicitud, tomó la forma de un árbol de cacao; sus ramas reemplazaron su cabello y sus raíces, su corazón. Papá, al principio, no estuvo de acuerdo con convertir sus cenizas en abono para que de ellas naciera una planta. Decía que era una aberración al orden natural de la vida y que la Biblia establece que los hombres deben tener una única vida terrenal. Sin embargo, mamá lo había dejado por escrito en su última sesión de radiación debido a su enfermedad, por eso se cumplió de inmediato. Yo creo que a papá solo le generaba una sensación de extrañeza ver a su esposa convertida en una planta de cacao. Nunca fue una persona tan religiosa como para que usara argumentos bíblicos, pero con el tiempo se fue acostumbrando.

Me gustaba tener a mamá en la granja de nuevo, aunque fuera en forma de árbol. Claro, el silencio de la sala, que antes se llenaba de sus canciones favoritas, fue inquietante al principio, pero al menos teníamos a mamá de vuelta, de una forma u otra. Con el tiempo, tanto papá como yo nos fuimos acostumbrando a su nueva forma y la aceptamos como parte de nuestra realidad, cuidar de ella nos volvió a unir como familia. Se convirtió en rutina que, mientras papá rociara sus hojas, yo pusiera vallas alrededor de su tronco, en caso de que algún roedor quisiera acercarse a ella.

Ya nos habíamos acostumbrado a la nueva forma de mamá cuando, un día, la llegada de unos desconocidos portadores que destilaban un amargo veneno sobre las plantas, según ellos, para “matar a las malas hierbas”, nos hizo revivir la misma historia una vez más. Con tono impasible nos advirtieron que, por indicaciones del gobierno, tenían que rociar un tal “glifosato” sobre toda la zona, incluida nuestra propiedad. Alegaron que la orden ya estaba escrita y que, sin importar nuestras objeciones, no podríamos hacer nada al respecto.

Cuando nos opusimos al uso de ese “glifosato” en nuestra huerta, argumentando que iba a dañar a



mamá, nuestras palabras cayeron en oídos sordos.

Con indiferencia, nos indicaron que lo máximo que podíamos hacer era enviar una cuenta de cobro para que, de alguna manera, nos remuneraran parte de las pérdidas que inevitablemente se darían por el herbicida. A pesar de que el dinero podría haber sido útil, no aceptamos ni un peso de esa gente; lo único que queríamos era que dejaran a mamá en paz.

Pronto, después de varios rociamientos, el cabello de mamá que se caía progresivamente después de cada radiación, se transformó en hojas de cacao que caían marchitas después de cada uso del herbicida. Las enfermeras que antes no me permitían abrazarla por la radiación que emitía, se transformaron en jardineros, ahora encargados de advertirme con firmeza que debía alejarme de las plantas afectadas por el veneno que, con desdén, esparcían por nuestro hogar.

La lucha contra el glifosato se convirtió, entonces, en una batalla épica por preservar lo único que nos quedaba de mamá. La lucha culminó, entonces, el día en que mamá se fue otra vez.

Por Jacobo Amaya
Ilustración por Alejandra Sanabria Valbuena



Intellecticus

Un juego sobre tener razón

por @hannivool

Intellecticus te desafía a entrar en una arena de mentes brillantes, donde solo los hechiceros más fuertes y los hechizos más ingeniosos prevalecerán. Tu objetivo: conquistar todos los elementos del saber infinito. Con cada partida, aprenderás a desmantelar opiniones rivales, respaldar tus ideas con referencias sólidas y afilar tus habilidades para ganar. Sumérgete en un mundo donde el conocimiento es poder y cada movimiento te acerca más a la experticie. ¿Te atreves a demostrar que verdaderamente tienes razón en todo?

Para más información del juego, escanea el código QR.



Germinación

Si no hay germinación, no hay planta, y sin planta no hay cosecha. Una vez que las condiciones le son propicias el embrión se abre para convertirse en el primer tallo, el brote primario de vida en un impulso de soberanía para algún día lograr crecer el fruto y propagar la semilla.

HOJA DE SEGURIDAD

Por Mariana Herrera Mendoza

1. IDENTIFICACIÓN DEL PRODUCTO QUÍMICO

Químico destructor de cultivos. Proporcionado por el Estado, que nos obliga a destruir al menos tres hectáreas de cultivo si están contaminadas. Lo que pasa es que no solo destruye esas tres hectáreas. Se impregna en el suelo, en las nuevas raíces, en el agua que alimenta las nuevas cosechas, en la piel, en el aire, en los árboles talados que no volverán a crecer, en los billetes sucios.

2. IDENTIFICACIÓN DE LOS PELIGROS

Uso propuesto

Herbicida agrícola. Erradicar las malezas y las plagas de los cultivos ilícitos de coca y amapola. Erradicar el bosque que ocupaba el lugar del cultivo. Eliminar las malezas y plagas que puedan dañar los cultivos y disminuir la producción.

Categoría toxicológica

III. Ligeramente peligroso, si no se maneja bien, y si los medios de comunicación, el Estado, las compañías y los traficantes ignoran los muertos, las enfermedades y la destrucción de la tierra, por ganarse unos billetes de más.

Efectos en la salud

El químico quema todo a su paso. Está en el aire. Al inhalar, quema la nariz y la garganta. Te quema la piel. Si lo ingieres, tu cuerpo entrará en crisis, querrá expulsar el líquido. Vas a sentir náuseas. Puede causar cáncer —puede matarte—, pero no estamos tan seguros —¿o sí?—.

Riesgos para el medio ambiente

El químico no se evapora rápido, pero se queda condensado en la atmósfera. Una sustancia densa en la atmósfera. Un casi líquido, caliente, flotando en la atmósfera. Es completamente tóxico para el agua. Una vez entra en contacto con el agua, no se irá. Luego de que contaminan toda la superficie, contaminan lentamente el resto del agua, hasta llegar al suelo, donde se absorberá. Para este punto ya habrá matado a todos los animales y plantas, e instalado en el suelo, no dejará que ningún tipo de vida pueda asentarse allí. Una fuente de vida se convierte en muerte. Después de que se talen todos los árboles de la zona, y el químico se instale en la tierra, cualquier raíz nativa morirá antes de germinar. Ya no hay nutrientes en esa tierra yerma que solo sirve para el cultivo ilícito. Se desestabiliza el ecosistema. Todo se destruye, todo muere.



3. MEDIDAS DE PRIMEROS AUXILIOS

Primeros auxilios

En caso de inhalación, respirar aire fresco. Pero el aire ya no es fresco, no hay escapatoria. Aunque se apague el incendio de la nariz y la garganta, el líquido se quedará allí, carcomiendo la piel.

En caso de contacto con la piel, quitarse la ropa y lavar con abundante agua, agua contaminada, agua de muerte.

En caso de contacto con los ojos, lavar con agua fresca por 15 minutos. Lavar con la misma agua contaminada. 15 minutos en los que dejas de ver. Pero vas a volver a ver, los estudios dicen que la irritación pasará. Aunque pienses que te va a quemar las córneas, eso no pasa. Es solo irritación. Solo son 15 minutos de agonía, y luego, volverás a ver, como si nada hubiese pasado.

En caso de ingestión, no induzca el vómito. Esto, evita que queme la garganta, aunque el químico te queme el estómago.

4. MEDIDAS PARA ESCAPE ACCIDENTAL.

El químico no puede salir de su contenedor. En el momento en el que sale de su jaula de plástico, la superficie en la que haya estado contamina todo lo que toca. No comer, beber ni fumar cuando esté tratando con derrames, eso también está contaminado, porque entra en contacto con el aire contaminado. Debes protegerte con una barrera de plástico, eso es lo único que parece contenerlo. Evita que contamine cualquier fuente de vida. La muerte fluye con el agua y se absorbe en la tierra.

Pero, ¿qué pasa cuando se fumiga? ¿Eso no es un escape intencional? Igual contamina la tierra y las superficies que toca, y los cubiertos en nuestros bolsillos, y nuestra ropa, y nuestro pelo, y nuestra piel. Y seguimos trabajando, como si nada.

5. MANEJO

Evitar a toda costa que el químico entre en contacto con la piel y con los ojos, así como la inhalación o la ingesta. Pero, ¿qué pasa cuando los cultivos quedan empapados después de la fumigación? Y uno se llena de barro y de líquido. Queda todo pegachento: el pelo, la ropa, la piel. Pero eso no es tóxico, no pasa nada. Hay que seguir trabajando. No comer ni beber ni fumar cuando se fumigue, pero llevarás los cubiertos en el





bolsillo del uniforme, y almorzarás ahí en el cultivo, sentado en el piso, en la tierra mojada. El químico se mezclará con el arroz del lunes, las tajadas del martes, el pollo del miércoles, la ensalada del jueves, los misma tierra mojada, empapada después de la fumigación, que absorbe el químico se mezclará con el arroz del lunes, las tajadas del martes, el pollo del miércoles, la ensalada del jueves, los fríjoles del viernes. Y sentirás náuseas: el químico quemandote el estómago. Quitarse la ropa que le comprarás a tus hijos con los 200 mil pesos para que estrenaran, porque claro, juegan en el barro. En la misma tierra mojada, empapada después de la fumigación, que absorbe el químico.

6. CONTROLES DE EXPOSICIÓN, PROTECCIÓN PERSONAL

Manos

Guantes impermeables de Nitrilo o Neopreno. Usarás guantes de jardinería, para poder manipular bien las plantas y protegerte de cualquier pequeño corte que los tallos puedan infringir cuando los rompas. Esto es en teoría: porque nunca vas a recibir ningunos guantes. Trabajarás con las manos peladas. Quedan pegachentas. Con esas manos te limpiarás el sudor de la frente, con esas manos te comerás el almuerzo.

Cuerpo

Traje impermeable que cubra todo el cuerpo. La única barrera que te protegerá del químico es el poliéster y el jean. Es la ropa que tienes y también es la ropa con la que trabajas. La misma ropa con la que cocinas en tu casa y con la que abrazas a tus hijos en la noche. Sinceramente, no importa. Aquí lo que importa es producir pa' seguir adelante. Además, no hay nada de qué protegerse.

Nariz y boca

Mascarilla facial. De esa si vas a tener. Pero, el calor siempre es insoportable, va a ser inevitable que te sofoques y que te la quites para poder respirar un poco mejor. Inhalar un aire espeso que te corree los pulmones lentamente.

7. INFORMACIÓN TOXICOLÓGICA.

Esta información no sabemos leerla. No la vas a entender. Y por lo mismo no vas a pararle bolas. Si los patrones dicen que el químico no es malo pues tocará creerles. Hasta que te empiecen los dolores de cabeza insoportables. Vas a sentir como te taladran las sienes. Luego, la fatiga, el sentimiento de ahogo, el sudor. El aire caliente mezclado con el químico harán que dejes de respirar bien. Sentirás mareos, todo te dará vueltas y de ahí las náuseas. Un vómito caliente que te quema la garganta. Asustado, irás a un médico incompetenten que te dará la sentencia de muerte

La identidad colectiva definida por la domesticación colonial del territorio

Por Mariana Herrera Mendoza
Ilustraciones por Sofia Suspes Melo

En el artículo "La Comprensión del Nuevo Mundo: Geografía e Historia Natural en el siglo XVI", el doctor en historia Mauricio Nieto Olarte hace un recuento sobre las prácticas, técnicas y dispositivos que fueron utilizados para la conquista y la inclusión de América en el orden mundial. Conceptos como "descubrimiento". "dominación", "geografía", "representación", y "comprensión" son claves para entender el proceso de conquista desde sus motivos, métodos y consecuencias.

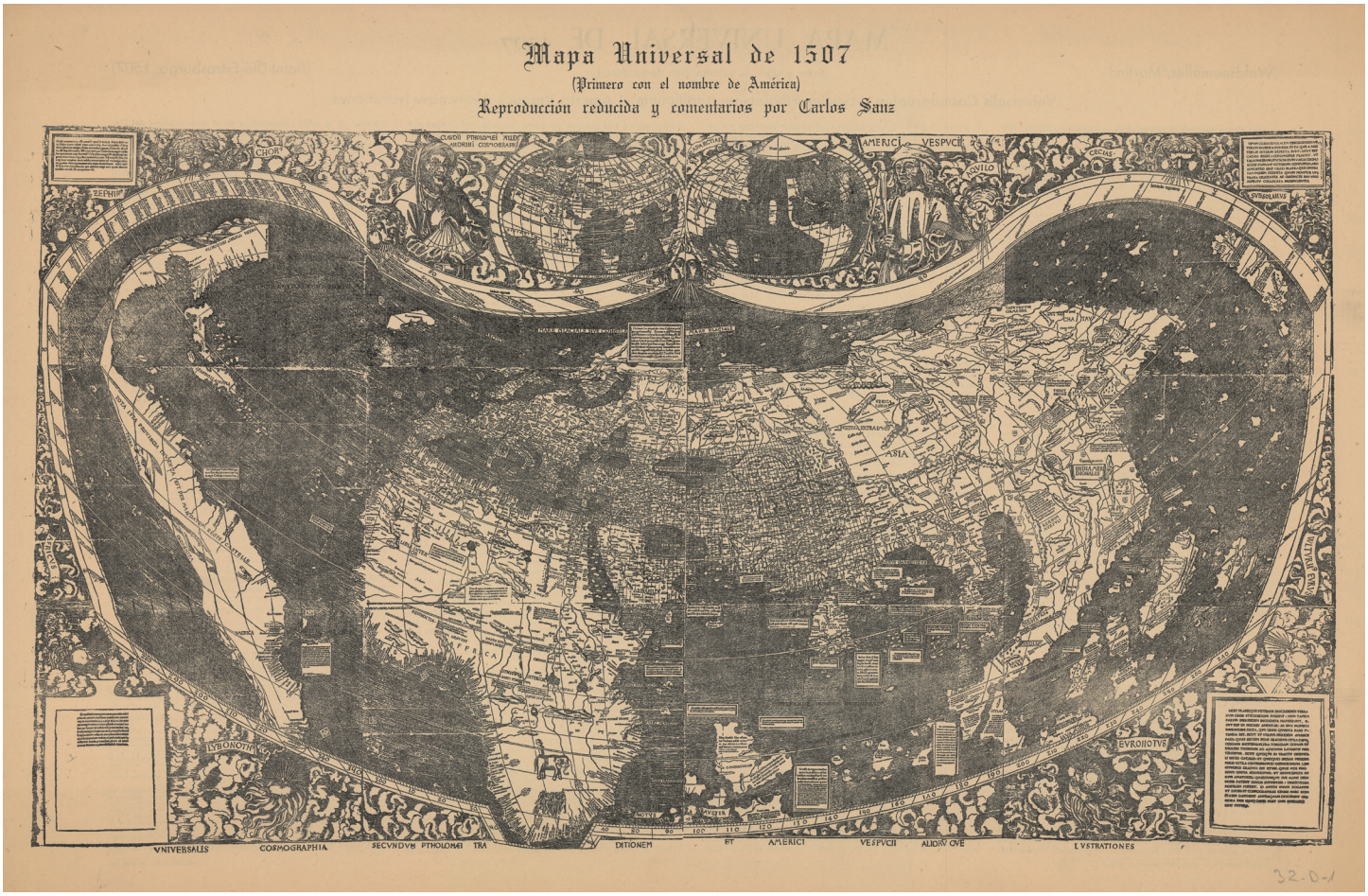
El presente escrito busca comprender los métodos de dominación que llevaron a cabo los conquistadores para entender la naturaleza y la población americana, y cómo esto impacta en la concepción de tierra e identidad en la sociedad colombiana. La tesis se va a probar analizando dos productos culturales y un artículo de épocas e índoles distintas. El primer es el poema de Andrés Bello: "La agricultura de la Zona Tórrida"; seguido del artículo: "Construcción de la territorialidad campesina tras la disolución de los resguardos en Turminá, Inzá, Cauca" del antropólogo Oscar Vargas Rodríguez; y, por último, un poema de la poeta Johanna Barraza Tafur, que hace parte de su poemario *Sembré nísperos en la tumba de mi padre* (2022).

Sobre el artículo de Nieto

Nieto (2004) empieza su artículo explicando las implicaciones del concepto de "descubrimiento": una proeza y logro individual. Esta idea es esencial para la mirada eurocentrista de la historia, que da cuenta del éxito de la expansión europea, comprendiendo la historia como una serie de cruciales hazañas de descubrimiento. A su vez "los descubrimientos se han presentado como mecanismos de apropiación" (p. 2). Esta apropiación implica un proceso en el que lo desconocido se vuelve familiar, un proceso de dominación de la naturaleza, lo que garantiza una suerte de superioridad del humano sobre esta. Nieto indica que sería más competente explicar los descubrimientos como una serie de prácticas sociales en las cuales "los objetos descubiertos y sus descubridores adquieren sentido y realidad colectiva" (p. 3).

Se utilizaron varios métodos para poder comprender el "Nuevo Mundo" desde la perspectiva de los europeos. Uno de estos fue la geografía y cartografía, que cambiaron la concepción tripartita del mundo que se tenía antes de descubrir el nuevo continente. Los primeros mapas que representaban América datan del siglo XVI, y destaca el planisferio de Martin Waldseemüller (1507). Esta publicación tenía como propósito ordenar el mundo de manera espacial y política, demarcar los dominios de la tierra y ser una guía para la exploración y conquista. Esta es la primera dominación del territorio, que permite plasmar el espacio y el tiempo en una representación plana de la tierra, "de esta manera, el mundo se hace accesible" (p. 19).





Otro de los métodos fue la clasificación de la naturaleza: luego de conocer los límites del territorio, debían también conocer las plantas, los animales y las personas para finalizar el proceso de descubrimiento. Esta naturaleza era completamente desconocida y, por ende, amenazadora, por lo que debían categorizarla para domesticarla. Los primeros cronistas, como Gonzalo Fernández de Oviedo se dedicaron a definir la naturaleza de modo que fuera familiar para un público europeo, por lo que nombraron estos nuevos objetos según su similitud con objetos que ya se conocían en el "Viejo Mundo". Las imágenes de la naturaleza del Nuevo mundo empezaron a circular por Europa y estos objetos se volvieron apetecidos, debido a lo cual la naturaleza americana empezó a formar "parte del mundo de la propiedad" (p. 33), por lo que los conquistadores se encontraron con un campo de posibilidades productivas y de importación, que, a fin de cuentas, era el propósito inicial del viaje de Colón (Nieto, 2004).

La agricultura: sinónimo de libertad

En el siglo XIX, durante el periodo de las guerras de independencia y los primeros años de las naciones libres, la poesía fue de vital importancia para promulgar los valores que plantearon las élites criollas para lograr la independencia. Basándose en el clasicismo, los *Poetas de la Independencia* utilizaron la razón y el orden para tratar de darle forma a una nación que se estaba apenas construyendo.

A diferencia de algunos de sus compañeros de generación, el poeta venezolano Andrés Bello no se enfocaba en las batallas de la independencia, ya que todas estas ya habían sucedido y habían sido narradas como poemas épicos; Bello habla sobre la libertad de América desde el punto de la agricultura. Su poema "La agricultura de la Zona Tórrida", es una oda al cultivo, a la naturaleza trabajada (y no libre, como harían los románticos), a la naturaleza productora (C. Figueroa, comunicación personal, 2024). Bello estaba fascinado por el trabajo de Humboldt, quien mezclaba



la ciencia y el romanticismo para describir la naturaleza y el paisaje. De este modo, decidió seguir sus pasos inspeccionando minuciosamente la naturaleza de Venezuela, luego de su extenso ejercicio de observación, optó por hacer el movimiento inverso y empezar a escribir para devolverle el sentido simbólico a su territorio. (Montaldo, 1994).

En su poema "La agricultura de la Zona Tórrida", Bello (1826) se opone a las jerarquías de las élites urbanas y carga a la naturaleza de valores a las que el letrado debería regresar. En los primeros 63 versos, Bello se dedica a delimitar el territorio por medio de descripciones que exaltan y celebran los productos agrícolas de la zona tórrida, con un tono místico -propio de los poetas de la independencia- que hace alusión a las cosmogonías indígenas:

"Para tus hijos la procera palma su vario feudo cría,
y el ananás sazona su ambrosía; su blanco pan la yuca;
sus rubias pomas la patata educa;
las rosas de oro y el vellón de nieve" (p. 61).

La naturaleza que describe Bello siempre está al servicio del consumo humano, una naturaleza dominada. Representa la naturaleza como este regalo divino de Dios, como si hubiese sido demasiado generoso al bendecir esta tierra con riquezas. Además, hay una personificación de la naturaleza donde ella misma reconoce que está al servicio de "sus hijos", el pueblo americano:

"¡Oh! ¡los que afortunados poseedores habéis nacido
de la tierra hermosa, en que reseña hacer de sus favores,
como para ganaros y atraeros,
quiso Naturaleza bondadosa!" (p. 63).

Bello expresa que hay que liberarse de las prácticas coloniales de explotación y de los valores de la sociedad criolla. Él comprende que la naturaleza está al servicio del pueblo libre de América y que, mientras los españoles sigan explotando nuestra tierra, no se logrará una libertad total. Al final del poema, hace un llamado a los jóvenes para que vuelvan a los valores del campo, para que logren dominar el territorio. Además, hace una crítica a la ciudad, cuya cultura está influenciada por la colonia y espera que en el ejercicio de volver al campo la sociedad emergente se deshaga de sus costumbres coloniales y cree un nuevo orden social que contenga los valores indígenas que comprenden a la naturaleza como algo maravilloso que merece ser cuidado y admirado.

Identidad y libertad arraigada al territorio

Los resguardos indígenas nacen en el siglo XVI como un método de dominio de la tierra y de las personas en el "Nuevo Mundo". Estos consisten en movilizar a pueblos indígenas a un pedazo de tierra específico donde estaban protegidos y podían ser civilizados, en ellos, los encomenderos eran figuras del virreinato que se encargaban de cuidarlos y mantenerlos en el resguardo, los indígenas debían pagar un tributo, ya fuera en especies (productos agrícolas) o mita (trabajo).

De esta forma, los virreinatos aseguraban un dominio de las comunidades indígenas y un uso óptimo de su capacidad como mano de obra. La mita se prohíbe para evitar los abusos de los encomenderos hacia los indígenas y se crea la institución colonial del concertaje, que consistía en darle trabajo libre pudieran pagar los tributos (Lopera Mesa, 2020).

Luego de la independencia, los resguardos se disuelven para poder repartir la tierra debido a los intereses económicos de la élite criolla. La democratización de la tierra causa una resistencia por parte de las comunidades indígenas y en 1890 se vuelven a reconocer los resguardos como un territorio propio de los pueblos indígenas y protegidos por el Estado. Sin embargo, los indígenas eran considerados menores de edad mientras estuviesen en el resguardo, lo que les privaba de los derechos de un ciudadano, debido a esto los indígenas empezaron a salir de los resguardos y a colonizar terrenos baldíos, convirtiéndose en comunidades campesinas.

A este proceso se le llama la expansión de la frontera agrícola: los campesinos podían reclamar como propias las tierras que trabajaran y pusieran a producir, el problema comenzó cuando grandes terratenientes empezaron a acaparar las tierras y a reclamar propiedad sobre ellas. Entonces, los arrendatarios le dejaban a los campesinos su parcela de pancoger (cosechar sólo lo justo para sobrevivir), y esa tierra era parte de la hacienda del terrateniente, según la ley 200 de 1936 (Vargas Rodríguez, 2015). Hoy en día, esas parcelas son fincas donde viven familias campesinas.

Siguiendo con el artículo "Construcción de la territorialidad campesina tras la disolución de los resguardos en Turminá, Inzá, Cauca", Oscar Vargas Rodríguez explica cómo la disolución de los resguardos de Inzá y Turminá causaron conflictos entre la comunidad campesina y la comunidad indígena por el territorio, al final ambas comunidades reclamaron estos territorios que han trabajado. En este caso, el territorio se vuelve un símbolo de identidad colectiva y de libertad. Por un lado, para los indígenas es importante tener un territorio fijo donde puedan anclar sus prácticas culturales y construir su comunidad basándose en su cosmogonía, así como también reclaman los resguardos porque es el único territorio que les queda luego de haber sido desplazados múltiples veces en la historia. Por otro lado, para los campesinos, las parcelas representan la libertad del sistema explotador colonial que suponían los resguardos.

Volviendo a la idea de Bello, el hecho de salir de sus resguardos y de poder trabajar un pedazo de tierra de manera autónoma les garantizaba la libertad de sobrevivir por su cuenta y de no estar bajo el régimen paternalista con el que los resguardos buscaban controlarlos. A su vez, los campesinos crearon una comunidad colectiva por fuera del resguardo, en el texto, Vargas hace un análisis de las fincas en el resguardo de Turminá, y se da cuenta de que las parcelas crean una especie de comunidad familiar, ya que ve que la mayoría de las fincas pertenecen a personas de las mismas familias, cuyos ancestros salieron del resguardo en busca de la posibilidad de trabajar algún terreno baldío (Vargas Rodríguez, 2015).

Pese a que ambas comunidades están en un conflicto para definir quién se queda con la tierra, es imposible no darse cuenta de que ambas tienen un mismo pasado, una misma historia de opresión, y ambas tienen una identidad similar arraigada a esa tierra que tratan de reclamar (M. Cuellar, comunicación personal, 2024, 20 de febrero).

Paralelismos de la dominación

La ecocrítica es una rama de la crítica literaria que busca representar la naturaleza en la literatura de una



manera diferente a como se ha hecho tradicionalmente. Esta se interesa por aquellos textos que no utilizan la naturaleza como una metáfora o símbolo de algún asunto humano, sino que la comprenden como un ente separado y se enfoca en describir de manera objetiva, sin romatizaciones ni grandilocuencias. De esta manera, los textos ecocríticos buscan plantear una crítica sobre la relación de los humanos con la naturaleza, entendiendo además que la naturaleza no es solo la idea de plantas, sino que engloba todo lo que es el espacio y el ambiente, así como el acto consumista de comer.

La ecocrítica también se interesa por asuntos eco feministas, donde se compara la dominación del hombre sobre la mujer con la dominación del humano sobre la naturaleza (Heffes, 2020). En este orden de ideas, traigo el poema "Papá también adiestraba mirlas" de la poeta Johanna Barraza Tafur, que es un claro ejemplo de la ecopoética feminista. En el poema, la voz poética cuenta cómo su padre —quien se dedicaba a adiestrar canarios para las competencias de canto— también adiestraba mirlas hembras. En el poema hay un claro paralelismo entre el adiestramiento de la mirla Caro y el control que el padre tenía sobre su hija. El poema tiene relación directa con el de Johannes Stradanus, que Nieto referencia en su artículo. En el grabado se representa a América como una mujer desnuda que se encuentra en una posición de vulnerabilidad frente a un hombre: Americo Vespuccio, quien representa a Europa. Lo que me interesa resaltar de ambas obras es su representación de la dicotomía entre lo civilizado y lo salvaje.

El poema está escrito en primera persona, por lo que se comprende que la voz lírica es la hija, quien iba detrás de su padre dando brincos, siguiendo sus sonidos al igual que la mirla. Ella cuenta que Caro, la mirla, tenía permiso para volar libre por dos o tres minutos cuando el padre silbaba, pero un día pasaron cinco y la mirla no volvió;

"Tarde o temprano todas se van, pero con la próxima
seré menos flexible,
dijo aquel día
mientras me tomaba de la mano
y volvíamos a casa" (Barraza Tafur, 2022. p, 21).

En el momento en el que la niña está admirando la libertad que acaba de conseguir la mirla, su padre, el adiestrador, la agarra y la devuelve a la casa, recalcando el control que tiene sobre ella, suprimiendo cualquier intento de buscar su libertad. La figura del amaestrador sugiere que el padre está dominando algo que es salvaje y debe aprender a obedecer: como la mirla y los canarios, que, pese a su naturaleza libre, son capaces de obedecer a sus silbidos; o como la hija, que siempre responde a las órdenes de su padre. En el grabado de Stradanus se ve claramente ese paralelismo entre mujer y naturaleza, ya que representa a la naturaleza y a la mujer como algo que debe ser comprendido y dominado y que representa un beneficio para el hombre. Además, Vespuccio tiene símbolos que representan la ciencia, representando que el hombre es aquel que tiene todas las verdades absolutas y por eso tiene el poder de civilizar aquello que considera salvaje.

Conclusión

Al leer el texto de Nieto, me interesó mucho su descripción sobre la dominación de la naturaleza: la manera en la que los conquistadores se familiarizaron



con todos esos objetos nuevos para luego lograr dominarlos y producir bienes a partir de ello. A su vez, me interesó mucho ver cómo la identidad de América fue construida por estas imágenes familiares que diseñaron los europeos. Así mismo, quise traer tres productos literarios de épocas diferentes para comprender cómo las ideas de dominación han afectado nuestra concepción del territorio colombiano hasta la actualidad.

A fin de cuentas, la domesticación del Nuevo Mundo les dio a los conquistadores y al reino de España absoluto control sobre la tierra, la naturaleza y las personas. La fiebre colonial terminó convirtiendo al territorio un producto comercial. A costa de la explotación del nuevo mundo fue que España ganó poder político y económico y pudo erigirse como un imperio.

Los nacidos en el Nuevo Mundo empezaron a buscar su independencia a partir de la recuperación de sus territorios, por un lado, los criollos querían independencia económica de España, pero, por otro lado, los indígenas querían poder sobrevivir manteniendo sus cosmovisiones. La disputa por la tierra es uno de los mayores problemas que hay en Colombia: luego de la independencia, las élites criollas seguían utilizando a los indígenas como mano de obra, obligándoles a explotar sus propios territorios "protegidos" para el beneficio económico de las clases altas. Por esto mismo, la comunidad campesina nace de la necesidad de sobrevivir por sus propios medios y poder beneficiarse de la tierra que trabajaban. Por otro lado, la dominación también está presente en dinámicas comunes que están normalizadas en nuestra sociedad como lo es el machismo, partiendo de unas relaciones de poder en donde la figura del hombre es superior y, por ende, tiene el deber de moldear a la mujer como le plazca utilizándola también para su beneficio personal.

El método colonial de dominación de la naturaleza y las personas ha estado presente de maneras distintas en la sociedad latinoamericana y específicamente colombiana. Al final, esto representa una herida abierta que no ha podido cerrarse y es la reminiscencia del poder colonial que ha evolucionado a lo largo de la historia en diferentes figuras y sigue presente a día de hoy.

Referencias

Barraza Tafur, J. (2022). *Sembré nísperos en la tumba de mi padre.* Primera Edición. Himpar Editores.

Heffes, G. (2020). "Un diccionario para hablar de "naturaleza". Revista Anfibia. https://www.revistaanfibia.com/diccionario-hablar-naturaleza/

Lopera Mesa, G.P. (2020). "Creando posesión vía desposesión. Visitas a la tierra y conformación de resguardos indígenas en la Vega de Supía, 1559-1759". *Fronteras de la Historia*, *25*(2), 120-156. DOI: https://doi.org/10.22380/20274688.819

Montaldo, G. (1994). "El cuerpo de la patria: Espacio, naturaleza y cultura en Bello y Sarmiento". *Hispamérica, 23(*68), 3–20. http://www.jstor.org/stable/20539784

Nieto, M. (2004). "La comprensión del Nuevo Mundo: Geografía e Historia Natural en el siglo XVI". *El Nuevo Mundo. Problemas y debates* (ISBN 958-695-127-8) pp. 1-21. Ediciones Uniandes.

Vargas Rodriguez, O. H. (2015). *Construcción de la Territorialidad Campesina Tras la Disolución de los Resguardos en Turminá, Inzá, Cauca.* Universidad Nacional de Colombia. https://www.researchgate.net/publication/285601344_Construccion_de_la_Territorialidad_Campesina_Tras_la_Disolucion_de_los_Resguardos_en_Turmina_Inza_Cauca



Querer entender la vida desde lo que *suena*, es decir, darle sentido a fenómenos culturales y sociales desde lo sonoro, implica un estar a la escucha. Esto es disponer el cuerpo hacia lo que suena: la recepción activa de sonidos que conforman los cambios y particularidades de la cotidianidad. Bernie Krause, músico estadounidense, arrastrado por ese deseo, realizó una exhaustiva investigación sobre los cambios sonoros en espacios naturales a causa de la actividad humana. Lo que encontró fue una intrínseca relación entre la apropiación y explotación humana, y los daños ambientales y la pérdida de paisajes sonoros.

Por Melissa Medina Ramírez
Ilustración por Sofía Suspes Melo

(Re)pensando el territorio: un recorrido sonoro por la guerra en Colombia

Del mismo modo, podemos pensar que el conflicto armado colombiano (que ha durado más de 70 años) y el deterioro de los paisajes sonoros nacionales están relacionados. ¿Es posible vivir en un ambiente sonoramente violento? Esto pensando en los efectos que tienen los enfrentamientos armados en los territorios donde toman lugar: el estruendo de una granada, la sordera y el pánico que causa, la pérdida de sonidos particulares y el deterioro de las identidades.

Algo de esa relación guerra/deterioro sonoro puede verse con claridad en los volúmenes testimoniales *Cuando los pájaros no cantaban o Sufrir la guerra y rehacer la vida* de La Comisión de la Verdad (2022). Allí se reconoce a la naturaleza como víctima del conflicto

armado de Colombia y de una violencia estructural basada en la explotación indiscriminada para fines económicos, políticos y sociales. Además, y para lo que interesa a este trabajo, enfatiza en lo sonoro como 1) señal de los cambios ambientales del lugar, 2) parte fundamental de las experiencias sobre la guerra y 3) el sonido y el silencio como puntos de resistencia ante la violencia vivida.

Lo que propongo a continuación es una revisión general de algunos sonidos que se hicieron escuchar en el conflicto armado colombiano a lo largo de los años: el sufrir de la fauna y la flora, los seres espirituales, los silencios, los cantos y tambores. Esto tomando como texto fundamental el volumen testimonial de la Comisión de la Verdad *Sufrir la guerra y rehacer la vida*.

La fauna

El retumbar de la tierra abierta
la explosión
el grito animal
sus pedazos y su sangre.[1]

Hay registros de animales (desde perros y gallinas hasta vacas y burros) que fueron forzados a entrar a zonas sembradas con minas antipersonas para que activaran los mecanismos y no fueran un peligro futuro para la población. Un soldado cuenta: "Recogimos cierta cantidad de caballos, burros, vacas, y los arriamos a que trataron de que esos animales pasaran por el campo minado (...) De pronto algunos animalitos, en ese transcurrir, activaron ciertos campos minados (...) estallaron mucho" (Sufrir la guerra y rehacer la vida, p. 193).

Por otro lado, varios animales, especialmente equinos, fueron usados como armas-bomba para realizar atentados en varios lugares del país: en 1996, las FARC cargó a un burro con explosivos para atacar a la policía en Sucre; en 1997, este mismo grupo al margen de la ley usó caballos con explosivos en Antioquia como parte de un ataque; en 1998, se registró el uso de tortugas bomba en La Guajira (2022). En otros registros, se da cuenta de que paramilitares y guerrilleros mataban a los perros con armas blancas para que no alertaran de su llegada a los pueblos y casas al evitar que emitieran sonido. Al ganado también lo asesinaban si no podían llevárselo: "Cuando las guerrillas no podían llevarse ya el ganado, porque estaban los paracos por ahí cerca, llegaban silenciosamente con cuchillos, machetes, con armas cortopunzantes y mataban el ganado (...) estallaban granadas. Donde estaban recogidos los terneros le tiraban una granada y ¡trum! A los terneritos" (p. 193).

Por último, se sabe que tanto la guerrilla como los paramilitares usaban animales con fines de tortura o desaparición. Un hombre detenido por las llamadas "Comisiones de Tortura" en 1997 dice que en una ocasión fue sacado de su celda y conducido a una piedra grande donde fue amarrado y puesto en posición para ser violado por un perro amaestrado (p. 63). En Santander y Putumayo hay testimonios que aseguran el uso de caimanes y cocodrilos para asesinar, torturar y desaparecer: "Tenían dos sistemas. En uno, los colgaban de un lazo y les hacían tres hundidas dentro del pozo. Sí salían, los dejaban ir. Y en el otro, era que los cortaban y los tiraban" (p. 195).

[1] Este escrito, así como los demás que se encontraran en letras cursivas a lo largo del texto, son de mi autoría.

Es el arrebato de los caimanes chapoteando en el agua,
el jadeo de los perros excitados
gruñido con carne entre los dientes.
La pregunta: mija, ¿dónde está? Aquí, aquí.
------BOOM-------
El aire que aun vibra
el silencio

Shhhh.

La flora

las cortezas que crujen, las gotas de un río seco, el pulso de la detonación que no fue.

Hacer presente la granada que explota en la mitad de alguna selva colombiana: el cráter del suelo, el aire vibrando, su color, los árboles amputados y astillados, el silencio de los pájaros; las balas cruzadas entre guerrilleros y paramilitares, cómo se clavan en las cortezas de los árboles, el viento que desprenden al pasar.

Lo anterior genera una imagen sonora más o menos clara en la mente, pero hay que recordar que una granada no es siempre un estallido, ni una bala el grito del herido. Se sabe que en varios lugares del país hay artefactos explosivos sin detonar - ¿estarán estallando ahora? - entre los que se pueden encontrar minas antipersonas o bombas defectuosas sepultadas por la tierra. Tampoco es sorpresa que puedan encontrarse balas incrustadas en los árboles. Estos artefactos son entendidos como basura, pues su composición física posee químicos o elementos ferrosos que contaminan el suelo y los árboles. Además, artefactos generan una tensión latente en el territorio donde se encuentren, pues no se sabe con certeza si explotarán alguna vez ni cuántos hay con seguridad. El no saber que instalan en las comunidades llenan de incertidumbre a la población y al no detonar, parece que detonaran todo el tiempo: se está siempre a la espera del estallido, de los árboles astillados y la sangre.

Siguiendo con otro punto, se sabe que tanto guerrilleros como paramilitares hicieron un uso indebido de los recursos naturales a través de la caza indiscriminada de animales salvajes, la desviación de ríos, la deforestación, el uso de residuos tóxicos y la contaminación por basuras.

Por ejemplo, en 2014 las FARC-EP obligó a varios conductores que transitaban por la vía entre Puerto Asís y El Tigre, en Putumayo, a abrir las válvulas de los camiones para que el crudo (petróleo) cayera en la tierra. Por su parte, en el sur de Bolívar, el caño Barbú fue usado por la guerrilla para escapar, mover armas, entre otras cosas. Además, cuando los paramilitares tomaron el lugar, ampliaron el caño por demandas del narcotráfico. “Lo ampliaron porque (...) el negocio de la droga necesitaba” (p. 191). La apertura del caño Barbú ha tenido como consecuencia que, cuando las aguas del río Magdalena crecen en invierno, lleguen territorio adentro y destruyan veintisiete ciénagas. El reporte habla de cerca de 1.500 hectáreas de espejos de agua que se han perdido. (p. 192).

Resuenan en la tierra
Siguen las esquirlas en los árboles
Su presencia recuerda las manos que la lanzaron
y el fallo a favor de la vida.

Los seres espirituales

El sonido no es solo aquello que se escucha, también es aquello que vibra y resuena: es una energía que se transforma constantemente y que dota a ciertos lugares con cualidades únicas. Es místico en tanto no puede ser visto, sino percibido. Lugares como iglesias, cementerios, espacios de rezo ancestrales, valles, montañas o cuevas tienen unas vibraciones particulares según cada comunidad: las voces de los muertos, el viento, los ritmos y cantos, los seres espirituales, Dios. Son lugares de conexión espiritual que les permite mantener un diálogo entre pasado, presente y futuro; entre lo sagrado, lo humano y el territorio.

Cuando estos puntos de conexión y encuentro son destruidos, las vibraciones desaparecen. Hay un vaciamiento espiritual: las presencias se marchan, las resonancias se detienen.
En el conflicto armado colombiano se sabe que tanto paramilitares como guerrilleros tenían como práctica común la profanación de cementerios, donde la comunidad Wayúu se vio seriamente afectada por esto. "El cementerio (...) se hace respetar como un referente cultural de mayor valor y significado espiritual (...) la profanación de un cementerio es la mayor afrenta que se puede hacer a un clan o familia" (p. 151).

En la masacre de Bahía Portete (Guajira) de 2004, un grupo de paramilitares "profanó el cementerio, quemó las casas y torturó a las mujeres del pueblo Wayúu" (pág. 151). Este trágico episodio fue descrito como una "destrucción moral y cultural" en el que más de 600 indígenas Wayúu fueron víctimas de desplazamiento forzado.

Así, los actores armados ejercían poder sobre las comunidades y las debilitaban socioculturalmente. Las comunidades se deterioraron a través de la profanación de lugares sagrados, el asesinato de los y las líderes espirituales y los bloqueos físicos y emocionales que no permitían el encuentro socio-espiritual. Las personas se sentían en la necesidad de irse de sus espacios para buscar otros, no solo más seguros, sino que les permitieran encontrarse de nuevo con sus raíces.

Extraño la visita del taita en la noche
Podía verlo en mis sueños,
Lo veo en su árbol favorito, en la fruta con la que me alimentaba
Pero ya no veo al taita
¿dónde estás?

El silenciamiento

Es necesario tener en cuenta que el sonido suele ser entendido como acontecimiento, como algo que está sucediendo. Por su parte, el silencio suele ser entendido como contracara de ese acontecer de las cosas. Sin embargo, en este caso el silencio también sucede en tanto pone de relieve una ausencia, un algo que no pasa o que va a suceder: el silencio es evocación de sonido, tensión y espera. Ahora, el silenciamiento se refiere a una imposición del silencio, un ejercer poder a través de la violencia para que otros callen: es diferente esperar el canto de un pájaro que el estruendo de un fusil.

Las comunidades víctimas de conflicto armado en Colombia se enfrentaron a muchas formas de silenciamiento. Una de ellas tiene que ver con la imposibilidad de los cuerpos para moverse libremente por su territorio: paramilitares, guerrilleros y militares impedían que las personas salieran de sus fincas y casas. Los habitantes de estos lugares fueron obligados a la quietud y al silencio más profundo. Se dejaron de escuchar los pasos en la mañana de los campesinos o el chocar de los remos de los pescadores; los niños yendo y volviendo del colegio o jugando en las calles; la música y los cantos; los pájaros, los animales salvajes, el mugido del ganado y los ladridos de los perros; las ollas comunitarias, las verbenas, mingas y misas. Esto afectó el comercio y el tejido social local. Además, ese silenciamiento habla de una pérdida sonora importante que puede ser considerada como una amputación cultural.

Otra situación relacionada con el silenciamiento y que adquiere mucha

relevancia en el conflicto armado colombiano tiene que ver con las personas desaparecidas y asesinadas. Esto se debe a los conocidos "falsos positivos", asesinatos a civiles que el ejército hizo pasar por militantes de las disidencias. Dos mujeres cuentan su experiencia, una como esposa y la otra como madre, al enfrentarse con la frase "está desaparecido":

"Eso fue horrible. No dormía. Yo fumé en ese tiempo y yo no fumaba (...) Eso yo lloraba en ese lavadero. Yo me metía la toalla en la boca y lloraba amargamente en ese lavadero restregando ropa (...) Yo me iba a alocar. Quería Morirme, no quería saber más de este mundo (...) porque mi hijo desaparecido, lo que más quiero en la vida y nunca volver a saber nada. Yo le tengo la ropita de él guardada (...), los papelitos de él, las fotos, todo eso lo tengo ahí" (p. 49).

Aquí el silencio es total: no es una pausa indefinida entre las balas de hoy y las de la otra semana, es la muerte irremediable de una voz física y resonante que, como veremos más adelante, no es necesariamente la muerte de la presencia de esa voz.

Así como el estruendo de las bombas, el silenciamiento también fue un arma para mermar cualquier acción que pudiera ir en contra de los intereses de los actores armados de la zona. Esto iba desde impedir la reunión política, evitar la acción para recuperar el territorio, el silenciamiento de las emociones, el dolor y la angustia, hasta la no escucha y el abandono del estado.

Explosiones, balas, profanaciones, destrucción ¿y después? El silencio.
¿cuándo será el siguiente enfrentamiento armado que lo rompa?

Al grito militar responde el viento y las puertas cerrándose.

La esperanza

Quienes han sido víctimas del conflicto armado han tenido que encontrar nuevas formas de vivir a través de la transformación de sus saberes y tradiciones. Los hechos que los llevaron a tales circunstancias no tuvieron que haber pasado, sin embargo, de allí surgen actos de resistencia, llenos de poder simbólico y que reafirman la agencia política de las comunidades.

Nidia Góngora, cantora de música tradicional, proveniente de Timbiquí, Cauca, desafió las órdenes directas de los paramilitares cuando compró juegos pirotécnicos, hizo que sacaran los instrumentos, reunió a las personas e hicieron la parranda hasta bien entrada la noche (p. 316). El arte en todas sus expresiones se ha convertido en una forma fundamental para que las personas afectadas puedan enunciarse de nuevo y traer las presencias de las voces desaparecidas: discursos, cantos, declaraciones, fotografías, grafitis, música como los bundes o el rap, la danza, el teatro, el tejido. En el apartado "Desafiar el Silenciamiento" del volumen *Los Pájaros no Cantaban* de la Comisión de la verdad, se dan varias muestras de todo lo que se ha hecho al interior de las comunidades para encarar el dolor, la guerra y la pérdida.

Por último, vale decir que las personas no son las únicas que bailan encima de las ruinas. La naturaleza, con su fuerza y determinación también ha empezado a reclamar los lugares que le fueron arrebatados. En el archivo sonoro de la Comisión de la verdad, *Sonido y Memoria* se da cuenta de algunas aves que han vuelto al territorio, llenando paulatinamente el espacio con sus cantos. También, se sabe de las conexiones subterráneas que dan paso a la posibilidad de nuevas plantas, del agua recuperando sus corrientes y caminos. Por eso hoy, aún con el dolor metido en el cuerpo, tenemos la certeza de que hay esperanza. Tomar una perspectiva sonora de la guerra corresponde a un intento por sonorizar el dolor. No para revivirlo sin razón, sino para dotar al dolor con un matiz diferente que permita a víctimas directas e

indirectas del conflicto armado colombiano entenderlo con una sensibilidad distinta. Sonorizar el exterior para sonorizar el interior y viceversa. De esta forma, podemos crear redes auditivas que nos permitan, una vez más, escuchar a otros, a la tierra y a nosotros mismos.

Referencias:

García, A. (2012). De discurso o de ruido: algunas relaciones entre música y guerra en el conflicto armado colombiano de finales del siglo XX y en la primera década del siglo XXI.

Hay Futuro si hay verdad: Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la convivencia y la No Repetición. Sufrir la Guerra y Rehacer la Vida: Impactos, afrontamientos y resistencias.

Comisión de la Verdad (2022). Exposición Memorial de Voces. Recorrido sonoro del conflicto colombiano. (2012) https://www.senalmemoria.co/articulos/exposicion-memorial-de-voces-recorrido-sonoro-del-conflicto-colombiano

Sonido y Memoria. https://www.comisiondelaverdad.co/volumen-testimonial. Sonidos de la memoria. https://micrositios.centrodememoriahistorica.gov.co/sonidosconmemoria/

El dolor de la naturaleza. https://archivo.comisiondelaverdad.co/naturaleza

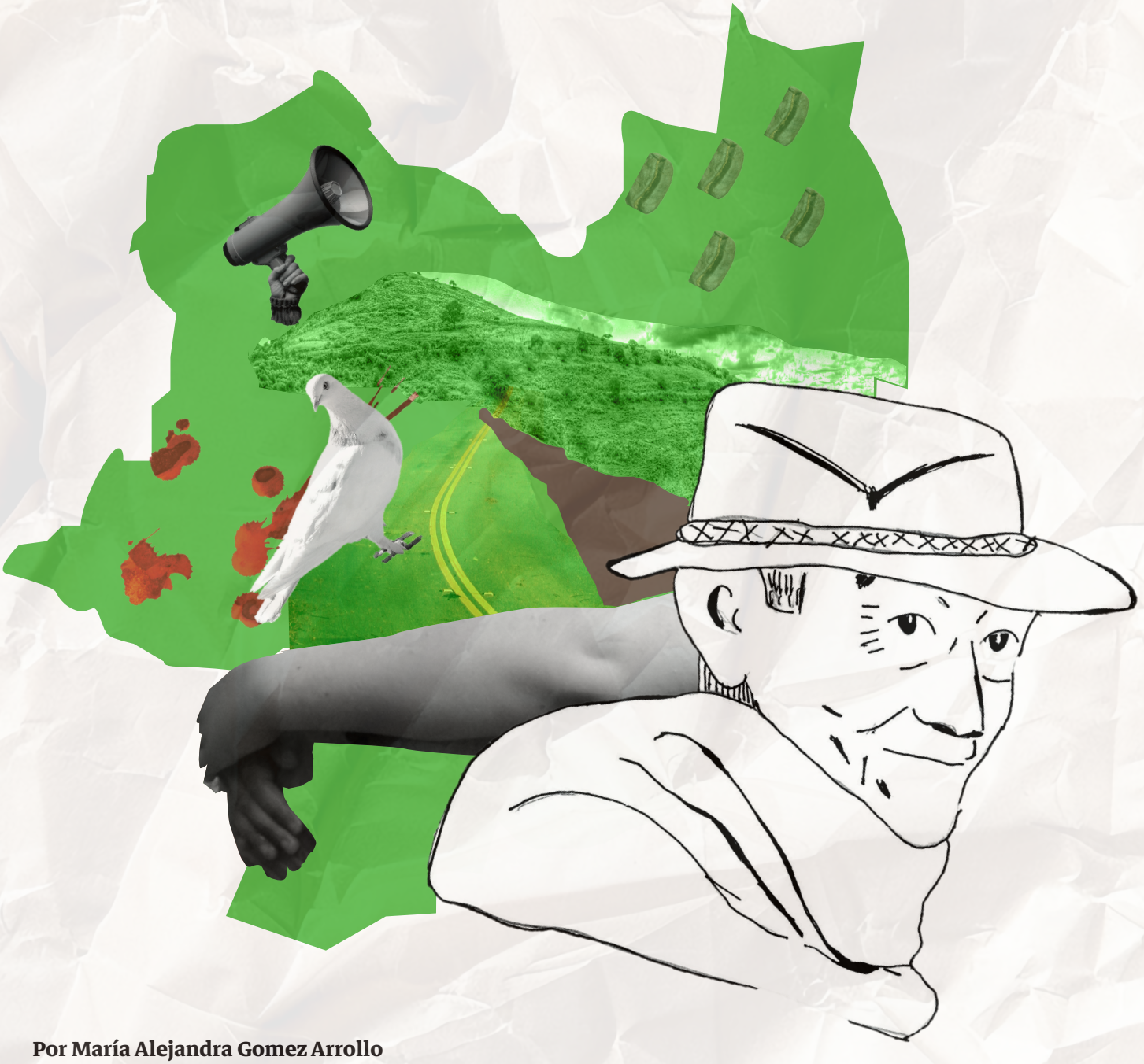
La naturaleza herida por la violencia https://www.comisiondelaverdad.co/impactos-afrontamientos-y-resistencias/la-naturaleza-herida-por-la-violencia

Natalia Elisa Ramírez Hernandez. (2019). La naturaleza cmo víctima ne la era del posacuerdo colombiano https://www.redalyc.org/journal/4077/407764644016/html/#:~:text=Conclusiones-,La%20naturaleza%20es%20v%C3%ADctima%20de%20una%20violencia%20estructural%2C%20producto%20de,se%20observa%20desde%20la%20misma

La escucha es vibración, yo escucho y vibro con la voz del otro. “la disposición a la escucha”

https://www.comisiondelaverdad.co/la-disposicion-para-la-escucha el libro de las anticipaciones https://www.comisiondelaverdad.co/el-libro-de-las-anticipaciones

https://www.comisiondelaverdad.co/impactos-afrontamientos-y-resistencias/y-estallo-la-desconfianza



Por María Alejandra Gomez Arrollo
Ilustraciones por Sofía Suspes Melo

Támara, un municipio sobreviviente de la violencia guerrillera dispuesto a salir de su pasado.

El conflicto armado es un problema nacional en Colombia y Támara no fue impune a esto. En la década del ochenta, Támara sufrió una ola de violencia ocasionando el asesinato del exalcalde Jorge González, la caída de la moneda municipal, la disminución de las exportaciones de café y el fusilamiento de varias personas. Támara perdió el renombre que había construido durante un par de décadas. Fue estigmatizado como uno de los puntos principales del conflicto armado y por estar ubicado en una "zona roja" (Garzón Caballero, 2019, p. 3).

Los grupos guerrilleros en esta década todavía no habían tomado Támara, pero sí la rodeaban, de ahí el miedo en ese sector y el peligro del transporte de sus productos e incluso de las personas. No fue hasta 1991 cuando el frente 28 de las FARC tomó los puestos de policía, la alcaldía, los hospitales e incluso las escuelas del pueblo (Garzón Caballero, 2019).

Las FARC no fueron el único grupo guerrillero presente en Támara, también estuvieron presentes el M-19 y el ELN. Estos grupos armados tomaron el municipio por ser un territorio alejado geográficamente del gobierno central, por su difícil acceso debido a su topografía irregular, por su clima variado y, principalmente, por su cercanía a Arauca y Boyacá. Buscaban este tipo de territorios a causa de la guerra que mantenían contra el gobierno desde los años cincuenta con la violencia bipartidista (Gómez Romero 2022, entrevista).

Desde una perspectiva más personal, vengo de una familia la cual sufrió esta violencia en carne propia. Mi padre, tamareño, logró salir del municipio antes de que los grupos guerrilleros tomaran el pueblo, pero no toda su familia corrió la misma suerte. Durante la década del noventa, los sobrinos de mi papá rondaban los 12 años; fue en ese tiempo que las FARC, quienes habitaban en las veredas, bajaron al pueblo para tomarlo como parte de su territorio. En el transcurso de estos acontecimientos, este grupo armado mató, torturó e incluyó en sus filas a adolescentes para reclutarlos. En consecuencia, mi tía optó por llevar a sus hijos a escondidas a Yopal, el municipio más cercano en donde la gente de Támara se resguardaba del conflicto armado. Ahí, sus hijos tuvieron educación mientras que su madre lograba sobrevivir en su municipio natal.

En este escrito abordaré más a profundidad la historia de Támara, describiré su territorio y economía junto las transformaciones que sufrió el territorio durante las décadas del ochenta y noventa para finalizar con una reconstrucción del municipio 20 años después de la toma preguntándome de qué manera el municipio de Támara cambió tras en conflicto armado y si se logró la paz con los grupos armados o aún siguen en el territorio. Estas cuestiones se responderán con base en el entendimiento de la historia junto a los testimonios de las personas que vivieron el conflicto, las que siguen vivas y las que aún viven o visitan el municipio de manera cotidiana.

Támara, su historia y territorio

Támara es un municipio ubicado en el departamento de Casanare, fue fundado el 6 de agosto de 1628 por el sacerdote español Jose Dadey y se encuentra en la Cordillera Oriental de los Andes. Se caracteriza por tener los cuatro pisos térmicos: cálido, templado, frío y páramo. Su economía se basa, principalmente, en el café y la producción agropecuaria propia de las zonas montañosas (Botero Grisales, 2011). Gracias a sus constantes exportaciones de café, en 1971 se fundó la Cooperativa de Caficultores de Támara (Cooperativa de Caficultores de Támara, 2020).



Esto creó la necesidad de instaurar un sistema de comercio interno, pues las vías comerciales de Támara presentaban dificultades al momento de relacionarse con otros territorios y realizar un intercambio con estos. Por ello, la alcaldía tomó la decisión de crear una moneda exclusiva para el municipio llamada "Moneda Tamareña". Esta nueva moneda era válida tanto en la Caja Agraria como en las empresas de transporte, sin embargo, la "Moneda Tamareña" empezó a desaparecer en la década del ochenta debido al conflicto armado que sucedió en el municipio (Botero Grisales, 2011).

La violencia

En la década del ochenta los actores armados empezaron a hacerse más presentes alrededor del municipio, específicamente en las veredas. A finales de la década los grupos armados asesinaron al exalcalde Jorge González durante un viaje en carretera hacia Támara, siendo este el inicio de varios sucesos relacionados con la violencia en el municipio. El miedo de los tamareños empezó a crecer cuando se rumoreaba la existencia de guerrilleros infiltrados en el pueblo ya que, al habitar las veredas, los campesinos podían identificar quienes eran del pueblo y quiénes no. Debido a esto, el campesinado optó por advertir a la población de posibles hombres disfrazados (Botero Grisales, 2011). El 14 de noviembre de 1987, cuatro campesinos fueron fusilados por las FARC acusados de ser informantes (Semana, 1987).

Los asesinatos, fusilamientos y secuestros se volvieron cotidianos a finales de la década del ochenta y no fue hasta 1991 que Támara vivió su primera toma guerrillera por parte de las FARC. Un lunes en la noche, 350 guerrilleros bajaron de los cerros al pueblo a destruir y matar. Durante 12 horas, 11 policías y guerrilleros de los frentes 10, 28 y 45 de las FARC cruzaron balas y granadas. No fue hasta el día siguiente que los guerrilleros abandonaron el territorio. Los tamareños sabían de una posible toma por parte de las FARC, pues fue anunciado desde la toma de Nunchía, Casanare, pero los tamareños solo se habían refugiado en sus casas en la mañana, por lo que en la noche fueron tomados por sorpresa. Esta primera toma costó la vida de policías, personal de salud, profesores e incluso menores de edad (El Tiempo, 1991). Una ocupación del municipio muy similar ocurrió 4 años después, el 17 de febrero de 1995. El frente 28 de las FARC volvió a atacar en horas de la noche con 250 guerrilleros. En esta ocasión, la toma duró 15 horas y finalizó con la muerte de dos policías y menos de 3 guerrilleros (El tiempo, 1995).

A consecuencia de estas pérdidas, tanto en este territorio como en otros que sufrían de antemano la violencia armada, empezó a gestarse la idea de un acuerdo de paz bajo el mandato del presidente Belisario Betancur. Sin embargo, la existencia de algunos actores sociales, como el partido político conservador y afines, impedían esta idea como opción debido a la creencia de que "la paz nos hacía víctimas de las depredaciones de la guerrilla ante las cuales todo el peso de la acción militar tenía que recaer" (Torres del Rio, 2015, p. 273). Al mes de su posesión como presidente, Belisario Betancur instauró una Comisión de Paz, anteriormente creada por Julio César Turbay Ayala. En esta comisión se insistió: la participación del país en los estamentos sociales; la recuperación y desarrollo de las regiones el fortalecimiento de la justicia y la seguridad; la vigilancia de la administración pública y la tutela de los derechos ciudadanos; las acciones del Estado en cuanto a la eficiencia del gasto público y el manejo de la propiedad privada en las ciudades más deprimidas del país. El objetivo de este proceso de paz no era únicamente la finalización del conflicto armado, también era una respuesta a las organizaciones guerrilleras que buscaban un diálogo nacional, una apertura democrática y una serie de reformas a los sistemas económicos y políticos (Torres del Rio, 2015).

Otro aspecto para tener en cuenta fue la aparición de una crisis financiera agravada por el narcotráfico y el

fortalecimiento de la guerrilla. Támara no fue ajeno a esto, pues vivió de antemano estas situaciones, como las tomas guerrilleras que mencioné anteriormente. Estas ocasionaron la interrupción económica al obstaculizar las vías del comercio (Botero Grisales, 2011).

Támara 20 años después.

Si bien en 1991 se estipuló una nueva Constitución donde se incorporó el derecho de los pueblos a reclamar la paz y un ambiente protegido (Torres del Rio, 2015), no fue hasta los 2000 cuando la guerrilla del municipio de Támara disminuyó su violencia, volviendo una vez más a las veredas, pero sin atacar a los pobladores (Gómez Romero, 2022, entrevista).

Tras la violencia, Támara luchó para reconstruir su economía a base del café, turismo y agricultura (Gómez Romero, 2022, entrevista). Ahora carecían de la posibilidad de una moneda propia gracias a los avances de la economía del país, y por ello optaron por la exportación de este grano no solo al resto del país, sino a Europa. Con ayuda de una carretera pavimentada, el transporte del café se facilitó. Primero fue llevado a Bogotá y desde ahí comenzó a ser exportado a los puertos de Barranquilla y Buenaventura (Cooperativa de caficultores de Támara, 2020).

A diferencia del resto de departamentos de Casanare, Támara nunca estuvo interesada en la posibilidad de explotación de hidrocarburos. De cierto modo, podemos considerar al municipio como un referente en cuanto a consultas populares en contra de la explotación petrolera (Garzón Caballero, 2019). Tanto fue el poder del pueblo, que hicieron una manifestación en 2016 en contra de un proyecto de explotación petrolera anunciado por la compañía Equión. Aquella manifestación tuvo tal impacto que el senador Jorge Enrique Robledo afirmó que la mencionada ley era un atentado contra el derecho ciudadano dado que despoja a los campesinos pobres de la tierra y la entrega a los poderosos. Junto a una Consulta Popular, le dieron la razón a los tamareños para proteger sus tierras (Prensa libre Casanare, 2016).

Con respecto a sus esfuerzos para mantener la paz, Támara aún está luchando con esto. Al ser un territorio alejado geográficamente y vecino a Arauca y Boyacá, los grupos guerrilleros, como el ELN, pasan seguido por el municipio a modo de llegar a territorios donde la violencia aún está presente en la cotidianidad de sus habitantes (Gómez Romero 2022, entrevista).

Conclusión

Támara es un territorio rico en café, pisos térmicos, cultura, paisajes, fauna, entre otros. Pasó de ser un municipio reconocido por su economía y la utilización de una moneda única a un territorio alejado el cual poca gente conoce. Si bien en la actualidad no tiene el reconocimiento de hace unas décadas, Támara es conocido por sus cultivos, gente amable y un pueblo de estilo colonial que se mantiene alejado de las grandes ciudades.

20 años después de la época de violencia, Támara ha logrado reconstruirse: sus habitantes logran tener una vida tranquila. Sin embargo, tras el miedo de ser atacados en la noche y encerrarse antes del anochecer, los tamareños se acostumbraron a dormir desde temprano; a las 9:00 pm el pueblo entero, o en su mayoría, duermen. Debido a esto, Támara no es considerado un territorio nocturno. Con respecto a los grupos armados que alguna vez los sometieron, como lo fueron las FARC y el M-19, con el paso del tiempo se fueron desmovilizando, y dejaron al territorio en un ambiente de paz, algo que los tamareños habían deseado desde hace años. Sin embargo, el ELN, al no estar desmovilizado en la actualidad, suele rondar por el pueblo y las veredas, pues sigue siendo un punto clave para la movilización del grupo hacia otros destinos como Arauca.

Para finalizar, Támara ha pasado por una época

bastante fuerte y dolorosa en su historia, pero han sabido sobrellevarlo para construir un nuevo municipio abierto a los turistas y nuevas economías y tecnologías que les ayudan en su diario vivir, como la implementación de la telefonía celular en el 2007 (Gómez Romero, 2022, entrevista). A Támara se le debe reconocer su perseverancia y sentido de lucha durante estos años, al igual que por la protección de su territorio; hay tanto de conocer de Támara que me doy el lujo de invitar al que lea este escrito de conocer el territorio y enamorarse de él.

Referencias:

Botero Grisales, J. N. (2011). Támara: su historia reciente. https://www.monografias.com/trabajos108/tamara-su-historia-reciente-colombia/tamara-su-historia-reciente-colombia2

Caballero, Y. (2019). Támara: un municipio con olor a café y ganas de reconstruirse después del conflicto armado. Centro de estudios de la Orinoquia

Cooperativa de Caficultores de Támara. (2020). Historia del café en Támara. https://cafetamara.org/v2/home/nosotros

Redacción El Tiempo. (09 de junio de 1991). Lluvia de balas sobre Támara. *El Tiempo.*

Redacción El Tiempo. (19 de febrero de 1995). La guerrilla se tomó Támara, en Casanare. *El Tiempo.*

Redacción Prensa libre Casanare. (29 de febrero de 2016). Támara rechaza proyecto de exploración petrolera anunciado por la compañía Equión. *Prensa libre Casanare.*

Redacción Semana. (22 de noviembre de 1987). En las barbas. *Semana.*

Torres Del Río, C. M. (2015). "El proceso de paz", en *Colombia siglo XX. Desde la guerra de los Mil Días hasta la elección de Álvaro Uribe.* Editorial Javeriana



AGUA NUESTRA

Agua nuestra,
que naces en la selva
formando el cuerpo
de todas las abuelas
¡ven!
cúrame de sed.

Agua nuestra, madre liquida,
cobertor protector de mis ancestros
aparece con tus brazos inacabados.

Con tu melodía sin canalizar, suelta.

Agua nuestra,
llevas por esencia
el dolor y la memoria
de las raíces más viejas,
que habitan lo profundo
y se viven sin paz,
¡ven!
¡ven con tu auxilio!
acaba la sed en mi palabra.

Agua nuestra,
con poros trasparentes
testigo de angustias y dolencias,
tráeme noticias de la noche,
la selva y su espesura,
del cuerpo que es despojado
de su nombre, su cuna y su tierra.



Agua nuestra,
en crecientes y sequias
en las constantes turbulencias
en las notas milenarias de tu garganta,
en los remolinos de tu nativa jerga
en la libertad de tus venas
en tus cabellos líquidos
en tu existencia serena
en tu voz de madre y refugio.
¡Ven!
evita la sed en mi palabra.

Agua nuestra,
cúranos la sed.

Por Melia Alzate
Ilustración por María Fernanda Martínez



A ti:

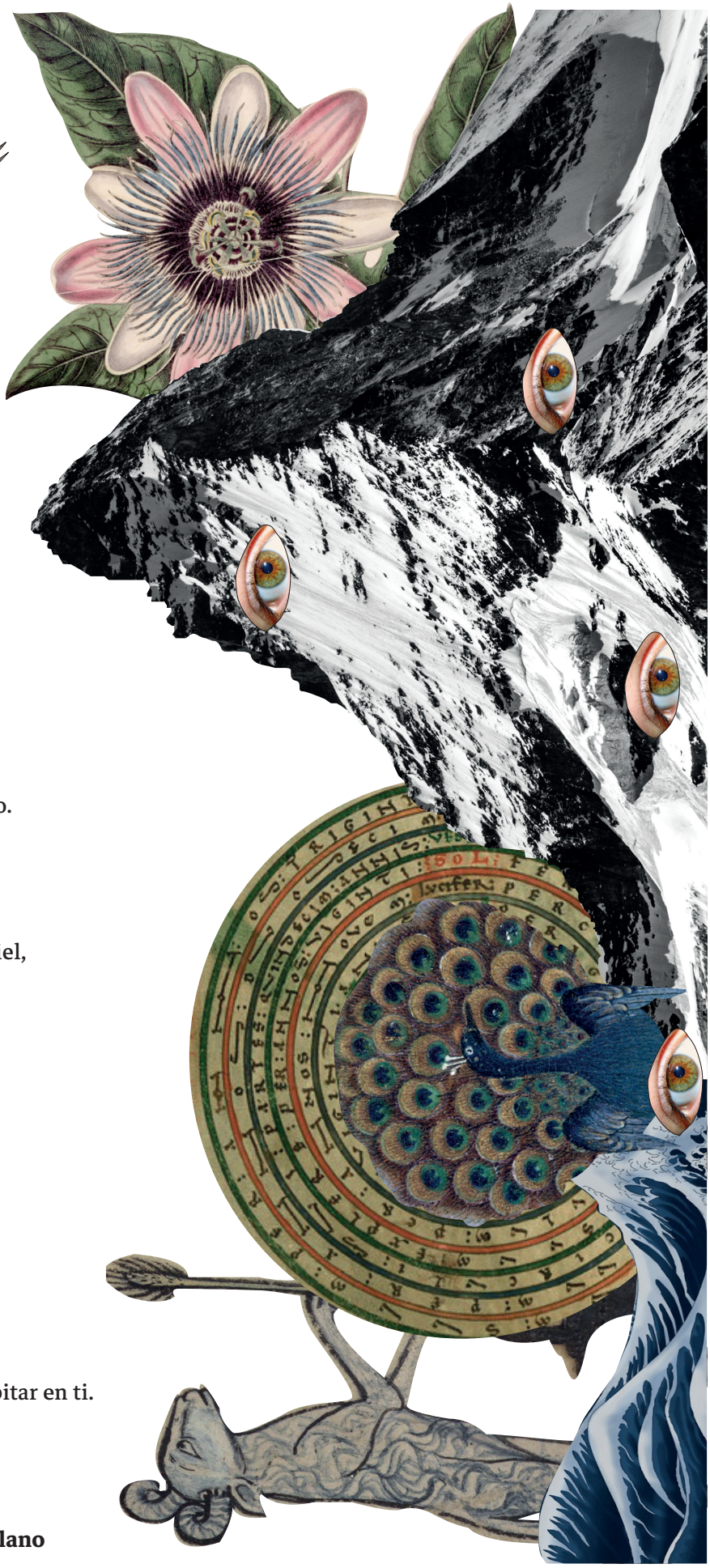
Que eres Montaña,
me gusta desplegar mis alas sobre ti.
Como la tierra,
lleno de raíces.
Amplio,
en cuerpo y espíritu.
Tu música,
el cantar del río.

Tu voz,
el sonido de la brisa con las ramas.
Eres fértil, colorido,
teñido de pensamientos y palabras.
Eres completo, un bioma,
la unión armónica de un pequeño universo.
En el momento que te abres
erupcionas,
transformas la totalidad en algo nuevo.
Entonces, me derrito en tus abrazos y tu piel,
con la calidez de tu magma.

A veces te tornas nevado,
frío e impenetrable.

Cierras esa senda,
que antes se encontraba abierta.

Aun así,
en esos momentos
quiero quedarme
y habitar en ti.



Por Sofía Suspes Melo
Ilustración por Sara Juliana Camargo Molano

Jardinería y salud mental

Por Nicolás Toquica Guerrero
Ilustración por Sara Juliana Camargo Molano

Hoy en día, enfermedades mentales como la depresión y la ansiedad son problemas comunes que afectan el bienestar de muchas personas. Entre las causas de esta problemática se pueden encontrar estímulos presentes en los ambientes habitados por estas personas, como pueden ser estresores que provoquen una reacción que se convierta en algún síntoma de una de estas enfermedades.

Dichos estresores podrían aparecer como una serie de eventos que, como fue mencionado anteriormente, afectan la psique de quienes los experimentan. Estos pueden ser parte de experiencias vividas por los individuos en sus interacciones con la sociedad, lo cual puede mostrarse, también, como una forma de presión distinta colocada en ellos por instituciones como la escuela, el trabajo e, incluso, la familia. Ahora bien, estas presiones también pueden verse materializadas al carecer las personas de interacción social, lo cual puede tomar forma gracias a la *movilidad poblacional*, siendo esta entendida como un fenómeno que consiste en el desplazamiento constante de personas de un lugar a otro en el espacio urbano. Al haber una circulación constante, se dificulta la creación de lazos sociales entre personas que habitan un mismo lugar, lo cual puede llevar a un tipo de aislamiento social que tiene la posibilidad de implicar una afectación al bienestar de cada individuo (Dolley, 2020). Con esto en mente, el tema a ser abordado en el presente ensayo será la relación entre la desconexión urbana con la naturaleza y sus afectaciones en la salud mental, así como una propuesta práctica que permita la convivencia entre la vida urbana y una reconexión con la naturaleza.

Siguiendo esta línea de pensamiento, sugiero concentrarnos en la importancia de entender cómo se da la desconexión entre naturaleza y sociedad, y cómo una reconexión entre ambas puede ser un factor importante para mejorar el bienestar mental de las personas. El primer paso en este proceso es tener una definición clara de *desconexión.* Una descripción apropiada para este concepto fue propuesta por Beery, et al. (2023), quienes describieron a la desconexión como la "desconsideración de la identidad humana adentro de elementos materiales y no materiales que constituyen a la naturaleza" (p. 472). Adicionalmente, estos autores reconocen este concepto como algo socialmente construido, lo que significa que su origen puede encontrarse en factores políticos, ideológicos y socioculturales que incentivan la indiferencia hacia la idea de pensar al ser humano como parte de la naturaleza.

Subsecuentemente, se admite que el propio concepto de desconexión se encuentra establecido en formas específicas de percibir el mundo, como las posturas filosóficas de ciertas tradiciones religiosas europeas (Beery, et al. 2023). Sin embargo, la presencia de estas estructuras *sociales* de pensamiento no hace de la



desconexión un producto meramente de eventos que ocurren a nivel individual o grupal, pues este proceso ocurre y es experimentado a través de "un proceso no lineal y recurrente por medio de la interrelación social" (Beery, et al., 2023, p. 472).

Formas de desconexión

Ya que tenemos claro el concepto de desconexión y cómo este, conceptualmente, se transforma por interacciones grupales e individuales, es importante especificar las formas en las cuales la desconexión puede ocurrir en el mundo real. Si lo que queremos conseguir es entender el primer tipo propuesto de desconexión – de tipo sociocultural –, debemos tener en cuenta el rol de las normas culturales en la construcción de cómo interactuamos con la naturaleza. Estas forman la identidad de las personas (así como lo que estas consideran correcto) al mismo tiempo que se convierten en parte de ella. Habiendo dicho esto, sería preciso afirmar que la desconexión es producida y reforzada por "factores culturales, como normas, valores, creencias y símbolos expresivos de la cultura". Además, estos factores afectan los "cinco dominios (...) de conexión con la naturaleza: material, experimental, cognitivo, emocional y filosófico" (Beery, et al., 2023, p. 476). La forma en la que la desconexión ocurre en cada dimensión abarca desde la falta de contacto físico con la naturaleza, el analfabetismo medioambiental y/o ecológico, e incluso una relación distante con entornos naturales que podría darse debido a una aversión por los mismos, o a una simple sensación de indiferencia hacia estos y a cómo se relacionan con la vida humana (Beery, et al., 2023).

Regresando a la influencia de normas y valores socioculturales en cómo ocurre y se refuerza la desconexión, es fundamental notar la importancia de la *razón* para la filosofía y la ciencia occidental y cómo esta afecta la relación que estas sociedades tienen con la naturaleza. La razón fue vista por el racionalismo como lo que hace a un ser cercano con lo divino, creando así una jerarquía que coloca a aquellos que la poseen encima de quienes no. Entonces, los seres humanos al tener uso de razón son percibidos como más valiosos en comparación con animales no humanos y los entornos naturales que estos habitan.

Sin embargo, bajo esta perspectiva, no todas las personas poseen la racionalidad como cualidad "pura". Esta facultad, en estado de pureza, sería algo exclusivo del hombre blanco, situación que pondría a este por encima de las mujeres y personas de otros trasfondos étnicos (Adams & Gruen, 2022). Retomando la idea de que el raciocinio es lo que separa a los humanos de la naturaleza, esta última incluiría todo aquello que es excluido por la razón, como lo son la experiencia sensible, lo corpóreo, el mundo no-humano, el cuerpo, las emociones y pasiones, entre otras cosas (Adams & Gruen, 2022, como citado en Plumwood, 1993). Por ende, estos "conjuntos filosóficos" provocaron la desconexión entre humanidad-naturaleza al hacer que la primera desarrolle valores que nos hicieron demostrar menos interés en la vida silvestre, motivando así la creación de estilos de vida que nos distanciaron de entornos naturales (Beery, et al., 2023).

No obstante, esta no es la única forma que puede tomar la desconexión. Esta también puede ser promovida a niveles institucionales, razón por la cual es clave entender qué es una institución para poder reconocer esta clase de desconexión. De acuerdo con Beery, et al. (2023) "las instituciones no se limitan al gobierno y a las corporaciones", lo cual implica que este concepto puede incluir grupos que forman, a través de una identidad en común, un conjunto de intereses o practicas (Beery, et al., 2023, como fue citado en Harrington, et al., 2008). Considerando estas características, las instituciones pueden apoyar al establecimiento de normas, leyes y políticas que producen y reproducen la desconexión al influenciar los comportamientos, valores y preferencias de las personas (Beery, et al., 2023).

Adicionalmente, las instituciones pueden promover o

resistirse a nuevas ideas y prácticas, lo cual es posible al permitir el libre flujo de comunicación con respecto a estas o al promover canales cerrados de presión política. Además, esta manipulación del cambio es posible con que se pasen reformas con la ayuda de oficiales electos (Beery, et al., 2023). Algunos ejemplos de este tipo de desconexión los podemos encontrar en: la planificación urbana de ciertas ciudades que se desarrollan alrededor de infraestructuras que priorizan el uso del automóvil, la falta de inclusión de elementos medioambientales en la educación de los más jóvenes y el desarrollo de modelos urbanos que limitan el acceso de los niños a la naturaleza (Beery, et al., 2023).

Finalmente, la última forma que la desconexión podría alcanzar se produce a través de expresiones políticas y el ejercicio de relaciones de poder. Este tipo de desconexión se relaciona profundamente con ideas incluidas en el párrafo anterior, ya que las organizaciones políticas están formadas por relaciones desiguales de poder, mediante las cuales pueden movilizar recursos, discursos y agencias hacia objetivos específicos, así como moldear instituciones hacia ellos (Beery, et al., 2023). Algunos ejemplos pueden ser encontrados en la forma en que las compañías petroleras proveen apoyo económico a legisladores para que voten contra leyes en pro del medioambiente (Beery, et al., 2023, como citado en Goldberg, et al., 2020). Además, desigualdades sistemáticas basadas en raza, género, clase o etnicidad pueden resultar en contacto reducido con la naturaleza experimentado por estos grupos marginalizados (Beery, et al., 2023, como citado en Avila, 2018 y Heynen, et al., 2006).

Naturaleza y salud

Ahora que tenemos claridad con respecto a lo que es la desconexión y las diferentes formas que puede tomar, es un buen momento para considerar más a fondo sobre los efectos que tiene en la salud humana –particularmente en la salud mental.

Como mencioné al principio de este texto, la movilidad poblacional tiene el potencial de aislar a las personas entre sí al romper posibles vínculos que se puedan formar entre ellas (Dolley, 2020). A su vez, esta falta de interacción social puede provocar efectos negativos en el bienestar de una persona. Unido a esto, el daño inicial puede verse empeorado por un contacto deficiente con la naturaleza, lo cual puede darse por la falta de zonas verdes, así como un sentimiento general de rechazo a la naturaleza experimentado por habitantes urbanos, entre otros factores.

Ahora bien, ¿cuál es la relación presentada entre el bienestar de una persona y esta desconexión? La respuesta a esta pregunta puede ser obtenida si tenemos en cuenta los efectos positivos que el contacto con la naturaleza tiene en la salud humana.

De acuerdo con Tomasi, et al. (2020), el contacto con ambientes naturales se vincula con varios beneficios para la salud mental y física, como son: la reducción de niveles de estrés y emociones negativas; el aumento en la capacidad de concentración, atención y memoria; la recuperación más rápida en pacientes que fueron sometidos a cirugía, entre otros. Adicionalmente, estos son espacios en los que la mente puede descansar de actividades estresantes y se llegan a experimentar emociones diferentes a las evocadas en ambientes artificiales (Tomasi, et al., 2020).

Asimismo, el contacto con la naturaleza puede mejorar la salud física al permitir el acceso al aire de mejor calidad –suministrado por árboles y plantas que reducen gases contaminantes –; además, facilita la actividad física y la cohesión social al permitir la convivencia de las personas en un mismo lugar, lo que favorece la formación de relaciones sociales positivas y genera un sentimiento de afiliación a un grupo. Por último, la exposición a entornos naturales disminuye los niveles de estrés al reducir el contacto con factores urbanos que puedan resultar estresantes (Tomasi, et al., 2020).

¿Cómo afrontar la desconexión?

Como acabo de mencionar, el contacto con la naturaleza puede traer amplios beneficios para la salud humana. Sin embargo, los problemas de salud mental que intento abordar en este texto son difíciles de afrontar con una perspectiva "proambiental" teniendo en cuenta que gran parte de la población mundial vive en ciudades (Tomasi, et al., 2020). Este hecho se convierte en un desafío, pues los beneficios del contacto con la naturaleza son difíciles de obtener para esta población, teniendo en cuenta que viven en lugares con poca o nula conexión con el medioambiente.

En este punto nos damos cuenta de la importancia de entender la situación y las posibles rutas de acción para poder enfrentar el problema. Podemos, entonces, analizar el contexto en el que estamos: entender que la predominancia de espacios urbanos es algo que se da rápidamente día tras día en la vida de millones de personas.

Ahora bien, la realidad social puede presentarse como algo moldeable a través de cooperación comunitaria. Si bien una gran cantidad de individuos viven en ciudades, lugares que impiden el contacto con la naturaleza a diferentes niveles, estos entornos pueden ser intervenidos; y esta intervención puede ocurrir en la forma de la creación de jardines y/o huertas comunitarias dentro de las ciudades. Si se incentiva la formación de estos espacios también se estaría promoviendo el contacto con la naturaleza en espacios urbanos, pues la labor de cuidar de un conjunto de plantas involucra indispensablemente un contacto directo con las mismas, lo cual permite que se aprovechen los beneficios que trae el contacto con el medioambiente, entre los cuales se pueden encontrar un incremento en la actividad física y un acceso a aire de mejor calidad con cierta asiduidad. Además, las labores propias de la jardinería se pueden usar para generar vínculos sociales y cohesión entre quienes participen de estos espacios: el ejercicio de mantener una huerta es realizado de mejor forma si varias personas se ven involucradas en su cuidado, pues la división de tareas puede llevar a una mejor organización en cuanto a la atención que se le presta al jardín.

Referencias

Adams, C. & Gruen, L. (2022). Ecofeminist Footsteps. Chapter 1 in *Ecofeminism*. Bloomsbury *Publishing*.

Beery, et al (2023). Disconnection from nature: Expanding our understanding of human–nature relations. *People and Nature,* 470–488.

Dolley, J. (2020). Community gardens as third places. *Cities Research Institute School of Environment and Sciences*, Griffith University, Brisbane, Queensland, Australia, 141–153.

Tomasi, et al. (2020). Environment and mental health: Empirical study on the relationship between contact with nature and symptoms of anxiety and depression. *PsyEcology*, 11(3), 319–341. https://doi.org/10.1080/21711976.2020.1778388

Revolucionar el jardín

Hace poco, buscando qué leer para iniciarme en ideas anarquistas sobre la ecología, terminé por toparme con un texto que, aunque pasó algunas semanas en mi librero sin que recordara su existencia, al momento de nuestro reencuentro me fascinó por completo. El texto era *Ecología y pensamiento revolucionario* (1964) por Murray Bookchin, un historiador estadounidense, precursor de la 'ecología social' en el movimiento anarquista y, en general, de la ecología en las ideologías de izquierda. Me hizo sentir muy afortunada por toparme de casualidad con un escritor tan atento a su realidad.

Eso fue lo primero que me impactó: lo difícil de creer que aquel texto al que me enfrentaba había sido escrito hace 60 años, es decir, era más viejo que mis padres quienes ya tienen un hijo de 24 años. Lo leí y lo releí un par de veces. No solo me pareció excepcional, sino que, a su vez, no podía evitar conectarlo con algunas de las lecturas a las que me estaba dedicando en esos momentos, pero, sobre todo, con un pensamiento o un sentimiento que me recorría hacía ya varios meses. Este consistía en lo que yo llamaría una desconexión.

Hace más de dos años que vivo en Bogotá, ciudad algo monstruosa, y este traslado me obligó a un desapego con mi ciudad natal; mi casa, familia y todo aquello que considero mis raíces, para venir a una tanto gigantesca como hostil de la que no sabía nada. Este sentimiento de desarraigo anidó en mí y fue creciendo con el paso del tiempo, se me hacía cada vez más extraño caminar por las calles y los pasillos que cada día iba conociendo mejor. Me convertía en una transeúnte que anda, choca con otros, que va de lugar en lugar y nunca para. Aquí el ritmo de vida es rápido, en todo lugar hay gente angustiada, con prisa y hay una clase de nostalgia que, junto a la polución, crea un aire denso en el que cuesta moverse.

Así, mientras me ahogaba en el ambiente capitalino y la ansiedad de los estudios, como una constante de mi cotidianidad, me preguntaba si así habría de ser mi vida en adelante. Y entonces, noté algo muy pequeño, pero decisivo: una mata de lavanda. Me permitirán usar el término 'mata' y no solo 'planta' o algo parecido, pues prefiero hablar conscientemente y no de manera tan artificiosa u exacta. El punto es que era una mata de lavanda en la universidad, al borde de uno de los caminos principales por el que transité casi a diario durante más de un año, junto al cual me había sentado tantas veces y nunca había visto. Pero allí estaba, era lavanda francesa, con sus hojas lanceoladas y sus dientes de bordes suaves, con su verde opaco y aterciopelado. Olía suave, dulce pero herbáceo, desatándome una sensación de quietud. Después de ese día vi que, de hecho, había varias en la Javeriana y tampoco era extraño encontrarla por la calle y en los jardines bogotanos.

Por Sara Juliana Camargo Molano
Ilustraciones por Sofía Suspes Melo y Sara Juliana Camargo Molano



“Ha sido este desequilibrio social el que nos ha llevado a producir caos en la naturaleza”

Me empecé a interesar más por las plantas que veía a mí alrededor y aprendí sobre algunas de las más comunes, por lo menos en los caminos que recorría siempre. Esto mejoró mi calidad de vida considerablemente, desautomatizó mis recorridos y me di cuenta de lo mucho que había llegado a encajar en un molde, uno en el que siempre hemos estado y cada vez se fortalece más. Por eso, cuando leí a Bookchin y su ecología revolucionaria, algo resonó en mi con gran potencia, así que trataré de explicar lo útil que puede ser para encarar al mundo capitalista en el que nos encontramos.

Bookchin (1964) propone que la humanidad no solo ha desequilibrado sus relaciones con la naturaleza, así mismo y más profundamente lo ha hecho entre los mismos seres humanos y que también ha sido este desequilibrio social el que nos ha llevado a producir caos en la naturaleza. Veo a todos andar por la calle, ensimismados y ariscos: nos veo colapsar. Así como hemos simplificado y procurado domesticar la naturaleza, también nos hemos amansado en el proceso, perdiendo el espíritu y la espontaneidad, una de las grandes fuerzas de la naturaleza.

Hemos creado corredores de cemento limitados por edificios que nos hospedan, nos educan, nos convierten en trabajadores; calles y transportes atiborrados de gente que se asfixia diariamente y nunca tiene fin. Estamos en una realidad regimentada, entramos en marcos, puestos, moldes, tumbas, todo para cumplir un prospecto social en el cual no nos relacionamos a profundidad con otros y vivimos presas del miedo, la inseguridad y la cobardía. Se nos va la vida tratando de sobrevivir, haciendo lo que sea para tener un techo y comida ¿En qué momento naturalizamos perder la dignidad?

Así, esta ecología revolucionaria me recordó también a Ricardo Flores Magón (1911) cuando dice “la tierra debe de ser para todos, como para todos es el aire, el calor solar, el agua, todo lo que la naturaleza nos brinda. [...] Son bienes naturales, forman parte del patrimonio común a todos los seres vivientes” (pp. 8-9) y por más panfletaria que pueda llegar a sonar, ¿No es acaso esto cierto?

Creo que podemos ir hacia otra dirección que no sea la de esta sociedad entristecida, donde sea posible fortalecer la conciencia y la vitalidad, para eso estoy hablando de acción directa para la autogestión: la reivindicación de lo público socializado. Volviendo a Flores Magón, hay otra cosa que no puedo evitar enlazar con Bookchin y esto es el orden, especialmente, porque creo que al poner sobre la mesa escritores anarquistas muchos tienen la falsa idea del caos total; “yo entiendo por orden: armonía. [...] Los funcionarios públicos no son, como se cree, los guardianes del orden. El orden, que es la armonía, no necesita guardianes, precisamente porque es orden” (Flores Magón, 1911, p. 20). Lo mismo respecto a la Javeriana, con sus jardines regulados y vigilados. Por ejemplo, creemos que la institución y la privatización son necesarias para preservar los jardines, mientras

que a lo público pertenecen los corredores de cemento como la carrera séptima.

No voy a tener el descaro de negar que sí hay espacios verdes públicos como humedales, parques y demás, aun así, también es cierto que cada vez son más escasos gracias a intereses privados. Solo hay que ver cuántos humedales en Bogotá se han rellenado, cuantos ríos se han canalizado, destruyendo la vegetación que los rodea y convirtiéndolos en caños —el río Arzobispo es un ejemplo— o analizar cuáles son los barrios con mayores zonas verdes y en mejor estado.

Es fácil notar que están en los sectores del norte de la ciudad, junto a conjuntos estrato 4, 5 o 6, mientras que, hacía el sur, en barrios empobrecidos, el abandono estatal resulta más notorio. Es decir, entre más privatización, hay más "armonía". ¿No es acaso la naturaleza, en su libertad, su espontaneidad y sus únicos patrones la más armoniosa, el verdadero orden? Si logramos construir una sociedad que no se imponga sobre su medio, sino que fluya según su comportamiento, que lo imitara, seríamos entonces capaces de conocer *el verdadero orden*, no rectores, ni decanos, ni guardias.

Sin embargo, cómo seríamos capaces de esto cuando ni podemos reconocer nuestro territorio, incluso después de haber vivido en él. No somos capaces de reconocer qué plantas nos rodean, qué trasformaciones tiene su fauna, qué pájaros son los que cantan, qué hacer cuando llueve. Repito, hemos crecido siendo transeúntes sin saber qué significa habitar. Las fábricas, oficinas y la universidad nos convierten en trabajadores, fuerza de mano barata y rápida para obtener o desechar; entramos en ese molde, adoptamos una actitud amargada, odiosa e individualista que nos permite mantener los puestos y, del mismo modo, soportarlos.

Se ha transformado en nuestro deber trazar lazos con nuestra comunidad y nuestra tierra. ¿Cómo hacer esto? Tampoco tengo una respuesta, pero sí ofrezco un primer paso para la acción directa, por pequeña que sea, y es lo que me agrada llamar "la liberación de los jardines". Los jardines son espacios sociales que deben politizarse, como la misma naturaleza en general. Se suele tener una falsa idea de lo que debe ser un jardín; no creo que sea un adorno o una colección, más bien implica unas decisiones, una curaduría de hecho, pues a pesar de todo, los jardines sí los construyen las personas, pero no podemos permitir que se vuelvan un simple goce estético.

A lo que me refiero es que esa idea de un jardín, como una naturaleza pasiva y dominada con el fin de la decoración, es solo una ilusión, por más que la intención con la que se construya sea esa. Es decir, una rosa no deja de ser una rosa y hacer lo que una rosa hace, crece, florece y muere, pasa por todos los procesos químicos internos que eso implica, pero más allá de aquello también puede aliviar los dolores menstruales, entre muchas cosas.

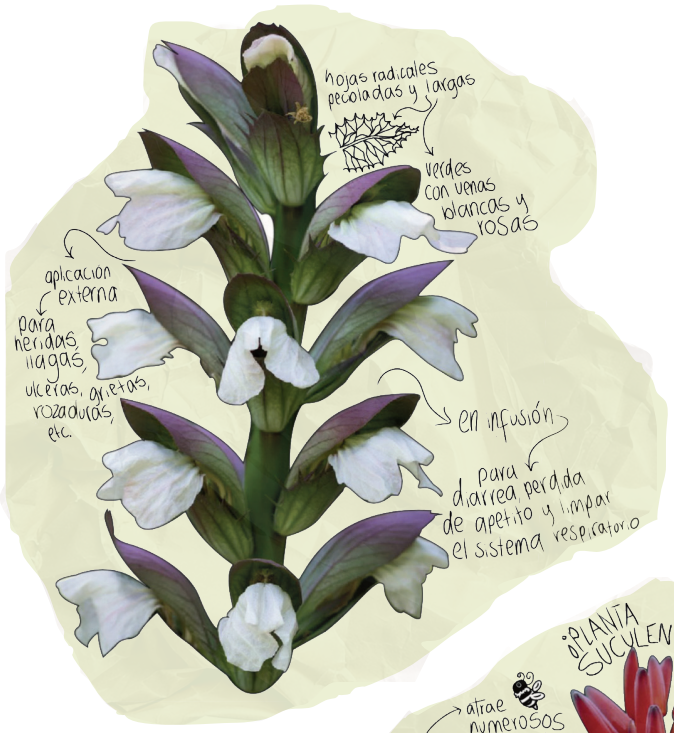
Entonces, las plantas por el contrario están en constante movimiento e influyen en nosotros, lo notemos o no. Ese arbusto de lavanda crecía y desprendía su aroma desde antes de que notara su existencia pues, consciente o no de su existencia, sus propiedades están siempre presentes, es decir, es mi decisión verla, cuidarla y entenderla, beneficiándonos mutuamente, yo podría regarla, protegerla y ella podría curarme los dolores de cabeza.
Así que, la Universidad tiene el privilegio de ser un jardín gigante y saludable —gracias a la privatización y eso hay que reconocerlo—, pero no sabemos qué forma tiene ese jardín, así estemos en el medio de este.
Ahora, es momento de imaginar: se me ocurre que todos participáramos activamente en la construcción de este jardín, que todos lo cuidáramos. Con esto no solo tejemos comunidad, también democratizamos los espacios y nos ligamos con el territorio, es decir, empezamos a habitar.

Este herbario busca ser una herramienta para acompañar y empezar el conocimiento del territorio, aunque es breve y limitado, es una propuesta que busca expandirse y construirse comunitariamente a través del tiempo. Más que todo, es una invitación para adentrarnos en el jardín y politizarlo.

Cuando hablo de usar las matas de nuestro entorno, no me refiero a dinámicas de extirpación, hablo de cuidado mutuo, de aceptar una responsabilidad por comprender y cuidar aquello que nos rodea. Para esto no solo es necesario conocer las plantas y sus propiedades, sino también reconocer sus procesos y estados, entender que hay momentos en que no podremos tomar gajos y otro en los que sí. Es fundamental brindarles respeto, cariño, atención y posibilitar acercamientos medicinales, estéticos y emocionales.



Un pequeño herbario para tener a la mano


hojas radicales pecioladas y largas
verdes con venas blancas y rosas
aplicación externa
para heridas, llagas, úlceras, grietas, rozaduras, etc.
en infusión
para diarrea, pérdida de apetito y limpiar el sistema respiratorio


En infusión
repara la sangre
junto a los dolores menstruales
ayuda con dolencias renales
Sus flores para infusiones diuréticas
genera con sus hojas y flores secas mantos orgánicos muy fértiles que retiene el agua
llenan de nutrientes el suelo


¿PLANTA SUCULENTA?
fac! reproducción
es una clase de sávila
como se nota en sus hojas carnosas lanceadas y dentadas
50 cm aprox.
verde claro
atrae numerosos polinizadores
las flores miden 60 cm aprox
cicatrizante
anti-bacteriana
anti-inflamatoria
anti-fungica
anti-oxidante


Anti-escorbutico
Preparar en infusión
Sedante nervioso
no dejar hervir la flor
Causa irritación gástrica
Se machaca la flor para una mascarilla capilar
cabello sedoso, liso y brillante


Tomar en infusión
ENFERMEDADES respiratorias
Aliviar el tracto respiratorio
eliminar el moco
ANTI HEMORRÁGICA
especialmente en el post-parto
para cólicos estomacales
Anti-espasmódica
AUMENTA EL APETITO
ayuda con trastornos estomacales psicológicos
Gran ayudante para la anorexia

Referencias

Biblioteca digital de la medicina tradicional mexicana. (2009). Atlas de las Plantasde la Medicina Tradicional Mexicana.

Bookchin, Murray. (2020). Ecología y pensamiento revolucionario. *Pie de Monte Editorial.*

Flores Magón, Ricardo. (2021). “¡Muera la autoridad! ¡Mueran los ricos!” en *Regeneración.* Imprenta Comunera Editorial Autónoma.

Flores Magón, Ricardo. (2021). “¡Muera el orden!” en *Regeneración*. Imprenta Comunera Editorial Autónoma.

Ministerio de protección social. (2008). Vadécum colombiano de plantas medicinales. *Imprenta Nacional de Colombia.* http://www.medicinatradicionalmexicana.unam.mx/apmtm/index.html

Paz Perafán, G. M., & Montenegro Paz, G. (2019). Plantas medicinales. *Universidad del Cauca.*

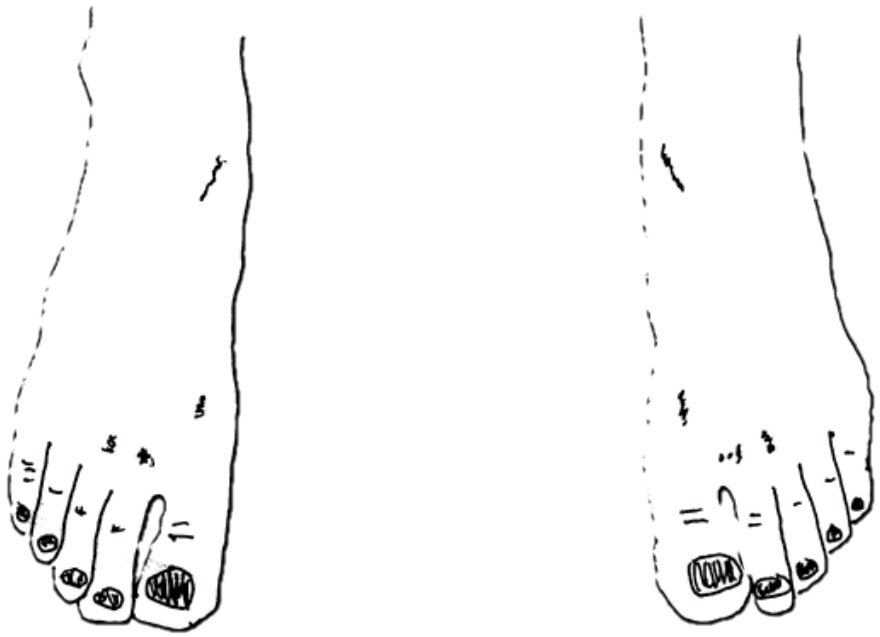




Floriscencia

La florescencia es la transformación de las plantas permitiéndoles generar nuevos tejidos celulares para prosperar en una nueva manifestación de sí mismas. Así como los textos de la presente sección indagan en la Vorágine desde distintos vértices y perspectivas para reexplorar el mundo literario de la obra en conmemoración de los cien años de su revelación al público.

La representación de la selva como lo otro en La vorágine



Por Lorena Andrea B. Galindo
Ilustración por Sofía Suspes Melo

Esta selva sádica y virgen procura al ánimo la alucinación del peligro próximo. El vegetal es un ser sensible cuya psicología desconocemos.

Por grande que sea la tierra, me queda bajo los pies.

***La vorágine* (1924), José Eustasio Rivera.**

La vorágine (1924) del autor José Eustasio Rivera es una novela en la que, desde los llanos hasta la selva, es fundamental el papel de la naturaleza pues es descrita desde una mirada masculina y desde la ciudad, ya que se nos muestra desde la mirada de Arturo Cova, el protagonista de la obra, que es un poeta bogotano. Por tanto, constituye los inicios de la relación humano-naturaleza (e incluso solo de hombre-naturaleza). Esto podemos evidenciarlo, pues el autor nos muestra a partir de descripciones y diálogos una selva caracterizada desde la otredad, lo desconocido y ajeno, sobre la que no se tiene control.

Tal vez esta sea una de las muchas razones por las cuales esta novela tiene un impacto desde la lectura que se le ha dado al texto. Con esto quiero decir que, probablemente, en 1924 leer sobre la selva estando en las ciudades que estaban creciendo por los procesos de industrialización, era más fácil que adentrarse en ella. Así que, como pocas personas podían acceder a la literatura, eran estas quienes de algún modo, caracterizaban la selva y explicaban lo que sucedía dentro de ella. Sin embargo, creo que esta última parte es otra discusión.

Ahora bien, teniendo en cuenta el panorama descrito, *La vorágine* describe una idea de naturaleza que está en el inconsciente de Colombia y que parece, sigue presente a pesar de que haya pasado un siglo. En la novela, nos encontramos con una selva que no es vista exclusivamente como un paisaje estático en donde suceden las acciones, sino es más bien una naturaleza que está presente, pues es a su vez, un personaje cambiante que sufre, que es herida, objetificada y utilizada, aunque no deja de ser ajena al hombre. Es representada a partir de asociaciones con lo femenino y es otrificada, principalmente, desde la mirada masculina de Arturo Cova, así como de otros personajes masculinos, que también hablan de ella ocasionalmente.

El espacio en donde viven las comunidades a las que llegan Arturo y Alicia; está atravesado por dinámicas distintas a la ciudad. La naturaleza se describe

en un contexto de explotación (debido a la explotación de caucho y por ende de la mano de obra) y en medio de una sociedad con un marcado sistema patriarcal, pues es vista desde la perspectiva de hombres que se sienten superiores a ella al estar inmersos dentro de una época en la que estaba marcado el proceso de industrialización, como mencioné anteriormente. Casi parece que todo aquello que el hombre no considere como humano o "digno" de él, no merece el mismo respeto. Por ejemplo, en la siguiente cita podemos notar la forma en la que las palabras crean la otredad de la selva: "Aquel ambiente de pesadilla me enflaquecía el corazón, y era preciso volver a las tierras civilizadas, al remanso de la molicie, al sueño y a la quietud." (p. 130). El hombre sigue siendo un extraño para la selva y, a la vez, es consciente de que la asesina, como lo podemos notar más adelante en la novela: "No obstante, es el hombre civilizado el paladín de la destrucción" (p. 245); "¡Selva profética, selva enemiga! ¿Cuándo habrá de cumplirse tu predicción?" (p. 159).

Hay una relación del hombre con la naturaleza que es vista como un objeto enemigo: Los hombres quieren poseerla, la queman, matan a sus animales, hieren sus árboles y extraen caucho de ella, pero ignoran el hecho de que ella sigue siendo dadora porque se sienten tan pequeños ante ella, que la única respuesta para acallarla es la violencia. Si bien esto se ve en las caucherías, también podemos notarlo a partir de aspectos como el vocabulario que se utiliza para hablar de la selva como si hubiese una confrontación entre el hombre y la naturaleza, mientras que la selva sigue latente.

A través de los ojos de Arturo Cova, la naturaleza es descrita como un personaje femenino: es mistificada, seductora, mágica, bella y destructora, casi parece que está describiendo el arquetipo de una *Femme fatale*, ambas están bajo la mirada masculina. Los elementos de la naturaleza aquí se personifican y se feminizan también. El poeta le escribe versos a la naturaleza, y parece que ella le es indiferente. La selva responde como personaje que actúa, que lucha y resiste, pues es el territorio quien permanece y se mantiene, aunque se le queme y se le maltrate.

Esto podemos verlo, por ejemplo, en los fragmentos: "¡Oh, selva esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina!" (p. 139); "...y hubo momentos en que los tiros de nuestros fusiles alarmaron las selvas, siempre interminables y agresivas." (p. 170). En estos apartados, es evidente que la selva no ataca, pero si es herida busca la forma de seguir con vida desde su misterio, es decir, si se le prende fuego, va a arrasar con todo aquello que le causó daño. Entonces, responde con lluvias, con animales, con rayos. Sus formas son sutiles, y el hombre, aunque cree conocerla, no es consciente de que ella es sabia desde su dolor que parece silencioso y dócil. Se supone que ella es frágil, pues la han quemado, maltratado, arrancado sus hojas y sus frutos, todo lo que proviene de ella. Se la personifica con funciones maternales y cualidades sensibles, es ella la dadora de vida, la madre, la cuidadora, la llorona, la amante, la que engaña y seduce, y aun así, no necesita responder seduciendo al hombre ni encerrándolo entre sus hojas, porque su respuesta es que aún hay vida, ella responde cuando las hojas aun nacen de sus árboles.

Ahora bien, ¿por qué, si ella es una seductora desconocida para él, no se va de su cárcel de hojas ni se aleja de ella? En cambio, la busca para seguir feminizándola y hacerla pasar por musa, por su musa, como si ella existiera solo cuando él la ve:

> ¿Para qué las ciudades? Quizá mi fuente de poesía estaba en el secreto de los bosques intactos, en las caricias de las auras, en el idioma desconocido de las cosas; en cantar lo que dice al peñón la onda que se despide, el arrebol a la ciénaga .(p. 112)

La naturaleza interviene en la trama, ella no castiga si no hay un porqué, pero como es silenciada, desde su silencio contesta. Es decir, ella no es cárcel, esposa, bóveda, pesadilla, incivilizada, laberinto, ni catedral (p. 139) en sí, lo es para el hombre blanco que interviene en ella. Así mismo, como lo mencioné anteriormente, la selva también tiene importancia como personaje. Para el hombre, ella es su enemiga, como si pudiese tomar la decisión de hacer daño, se personifica y por eso es un personaje con vida dentro de la novela. Es el hombre el que se enfrenta a la naturaleza y de este modo reconoce su vulnerabilidad e impotencia frente a ella, es decir, la otrifica y la desconoce, pues ni siquiera hay en la relación hombre-selva un reconocimiento, solo hay una intervención violenta, agresiva y destructiva.

Entonces, si lo humano es la destrucción del territorio, la violencia contra la mujer y el daño violento a la naturaleza, ¿cuál es el horror de la selva en relación con "lo humano"? ¿Cuál es la idea de selva y naturaleza que se personifica desde la obra y qué lectura se le da a este personaje "inhumano", "salvaje", "seductor", "esposa" o "madre"? La naturaleza dentro de la obra vista desde el poeta Arturo Cova, está permeada por una sociedad machista y explotadora que la daña, y aun así se victimiza cuando ella responde al daño.

Si se hace esta lectura de manera superficial, *La vorágine* describe una idea de naturaleza que está en el inconsciente de Colombia desde 1924. De algún modo, la novela desde una lectura detenida justifica el daño ambiental generado bien sea por el hombre como individuo, por una población en particular o por las industrias a la selva. La naturaleza no puede hablar pues es una víctima que no puede expresarse de la forma en que el ser humano lo hace; pero no por ello, es un objeto que está a disposición del hombre blanco.

Referencias:

Rivera, J. E. (2019). *La vorágine* (2.ª ed.). Editorial Panamericana.

Un "abismo antropófago":

Por Valeria Gómez Pérez
Ilustración por María Fernanda Martínez

El acercamiento narrativo a la naturaleza en *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera está cargado con una visión específica de la relación de lo humano con lo no humano. En mi lectura pude identificar las transformaciones y matices dados por las voces que narran conforme los personajes se adentran en la selva, las cuales exponen el problema de la dominación y explotación en la obra. Mi interés es analizar la novela en términos de la representación desde la posesión y neutralización de la naturaleza, para volver sobre la historia y reconocer aquellos mecanismos que hicieron que ciertos espacios y existencias fueran vistas legítimamente desde una óptica mercantilista y de utilidad. También me importa rastrear la relación que hay entre el modo en el que se da esta aproximación a lo natural y la violencia hacia las demás víctimas (mujeres, indígenas, poblaciones fronterizas y/o de bajos recursos) del sistema esclavizante, patriarcal y capitalista en el que se inscribe la novela. Solo así se podría entender la presencia de la selva como el grito de quienes no pudieron escapar y hablar del holocausto originado por la industria cauchera de finales del siglo XIX.

NATURALEZA QUE GRITA Y DEVORA

> ***Ellas sueñan y hacen los sueños***
> ***y a la copa mandan las fábulas.***
> ***Pinos felices tienen su noche,***
> ***pero las siervas no descansan.***
> ***Por eso yo paso mi mano***
> ***y mi piedad por sus espaldas.***
>
> **"Raíces", Gabriela Mistral**

Al comienzo del viaje de Arturo Cova, la naturaleza es representada como tranquila, bajo el lente de la contemplación y en función del sentir del poeta. El viento, el sonido de los árboles y los paisajes son motivo de inspiración para el narrador, dan abrigo a la pareja y son compañía para los viajeros: "(...) nuestros

“La secreta voz de las cosas le llenó su alma. ¿Sería cierto que esa palmera, encumbrada en aquel destierro como un índice hacia el azul, estaba indicándole la orientación? Verdad o mentira, él lo oyó decir. ¡Y creyó!”

(Rivera, 2023, p. 162)



hermanos el sol, el viento y la tempestad. Ni se les teme ni se les maldice" (Rivera, 2023, p. 21). Aunque este acercamiento habla de una tradición literaria que desde lo estético ha visto la naturaleza atada a la sensibilidad propia, también evidencia la intención del narrador de abarcarla, pues al tener una mirada panóptica, él tiene el poder de interpretarla. Sin embargo, también hay una parte de ella que se le escapa. Por ejemplo, en el sueño de Cova con la niña Griselda y Alicia, ellas se vuelven una con la selva explotada y se integran con los árboles que escurren caucho; mientras él, con hachuela en mano, se convierte en cauchero y es culpable de su desangramiento. Como una premonición, esta naturaleza supera la sensibilidad del narrador porque hay un problema político y social en el centro de ella, su representación carga con un inconsciente que supera el entendimiento del hombre.

Conforme empieza el descenso a la selva, la visión de la naturaleza se va transformando. Ya no hay ruiseñores, ni panoramas sentimentales, expresa Cova. Incluso, ya no puede observar el cielo, debido a que la jerarquía se transformó: él mira desde abajo y el abrazo de las copas de los árboles "robó el horizonte" (p. 83). En ocasiones, la selva es silenciosa e indescifrable, así se presenta la imagen del río que "sin ondulaciones, sin espumas, era mudo, tétricamente mudo como el presagio, y daba la impresión de un camino oscuro que se moviera hacia el vórtice de la nada" (p. 85). Este misterio es peligroso para el hombre, ya que su lugar en el mundo está configurado para neutralizar las amenazas mediante el entendimiento y dominación. Esto también es posible verlo en su relación con Alicia: así como para Cova parecen ser indescifrables las razones de su distanciamiento y eso lo descoloca, la selva y su inhospitalidad hacen temblar los modos de relacionamiento del hombre moderno con lo que lo rodea, puesto que es un reto para él no poder penetrar en ella y desvelarla. Sin embargo, cuando Arturo Cova y su grupo de expedición hacen suficiente silencio, los ruidos del río empiezan a repercutir en su ser, creando una nueva sensibilidad que parte desde la resonancia y la horizontalidad.

De este modo, la narración da cuenta de cómo, lejos de ser muda, la naturaleza tiene un grito que no ha sido escuchado. Por ejemplo, en la visión del Pipa con el yagé se puede ver cómo hay un desgaste en la selva y una queja ante la incomprensión de la especie humana: las flores dan gritos, los árboles platicaban de noche, hacían señas y se quejaban de la mano humana que les hería. Este modo de relatar la selva le da cierta agencia en tanto le da vida a un papel de justiciera y de intervención en la pugna por el aprovechamiento de sus "recursos". Este grito que es ignorado se asemeja al pasaje de los hombres que fueron trasladados hacia las caucherías por Barrera, alcoholizados, posteriormente amarrados y cuyas súplicas fueron desatendidas. No es gratuita la manera en la que se pasan por alto estas existencias, justamente en la novela se muestra cómo la priorización de los intereses de la explotación responde a un aspecto económico y político que termina por desvalorizar a aquellas vidas que se interponen en los planes de la industria.

En este sentido, en mi lectura pude identificar dos momentos de este grito: el llamado a la compasión y la justicia del *devoramiento*. En algunos pasajes, especialmente en las alucinaciones de Cova, se puede escuchar una voz de la naturaleza que pasa por una noción de cuidado y piedad. Por ejemplo, le dicen las arenas a Cova: "No pises tan recio, que nos lastimas. Apiádate de nosotras y lánzanos a los vientos, que estamos cansadas de ser inmóviles" (p. 104). Así mismo, Clemente Silva puede volver a encontrar el rumbo debido a la palmera de cananguche que describe la trayectoria del sol: "La secreta voz de las cosas le llenó su alma. ¿Sería cierto que esa palmera, encumbrada en aquel destierro como un índice hacia el azul, estaba indicándole la orientación? Verdad o mentira, él lo oyó decir. ¡Y creyó!" (p. 162). En este sentido, se podría decir que cuando hay silencio y escucha lo suficientemente activa es posible entablar un diálogo entre iguales.

Sin embargo, este no ha sido el caso. La naturaleza tiene una herida colonial que ha sido heredada hasta el periodo en el que se sitúa la novela a los encargados de monopolizar el territorio en busca del oro blanco, el caucho. Por ejemplo, el relato de la indiecita Mapiripana, "celadora de manantiales y lagunas" (p. 103), y su labor de reivindicación del silencio y eliminación del ruido del invasor, es un ejemplo de cómo hay una conexión directa entre la agencia de la naturaleza y el ajusticiamiento del dominador. Ante la negación de entablar una relación con la selva diferente a la de extracción de sus recursos, esta, desde el "embrujamiento", tiene la labor de reestablecer el orden y subvertir el lugar de dominación del hombre: "Picadlo, picadlo con vuestro hierro, para que experimente lo que es el hacha en la carne viva. ¡Picadlo aunque esté indefenso, pues él también destruyó los árboles y es justo que conozca nuestro martirio!" (p. 105). La selva se queda relegada a una amenaza para los pobladores y esclavizados por esa imposibilidad del hombre moderno de concebirse más allá de la sublevación de los recursos naturales y la vida de otros seres humanos.

Finalmente, el devorar de la selva a Arturo Cova y sus compañeros —así como los múltiples actores como, por ejemplo, Lucianito— se podría entender como la integración justiciera que hace reconsiderar las líneas que hay entre "nosotros" —la cultura, el progreso, la explotación— y "ella" —la naturaleza explotable como recurso y propiedad—. Más allá de la interpretación simbólica del lugar de la naturaleza en *La vorágine*, esta lectura permite repensar cómo hemos puesto esa frontera entre el ser humano y lo natural y en qué términos históricos se ha hecho. En otras palabras, qué efectos ha tenido en el porvenir la concepción abarcadora y panóptica y a qué modos de vida nos ha llevado el ruido ensordecedor y la no escucha.

Referencia

Rivera, J. E. (2023). *La vorágine* (3). Editorial Andes.

Ausencia y pres

Por María José Fandiño Zorro
Ilustración por María Alejandra Gómez Arroyo



En ***La vorágine*** (1924), la paternidad se construye a partir de la tensión ausencia-presencia. Las dos principales figuras paternas que operan dentro de la novela, Clemente Silva y Arturo Cova, encarnan los efectos sobre el individuo presente en la tensión anteriormente planteada. Los padres son quienes sufren el dolor, el abandono y el ansia provocados por la ausencia que toma forma en sus hijos; quienes, o no toman agencia dentro de la narración, o lo hacen para expandir el abismo que los separa de sus padres.

Aunque llegue a ocurrir el anhelado encuentro padre-hijo, la paternidad de ambos hombres ya fue intervenida por las dinámicas de la violencia que rodea las caucherías en la selva amazónica a principios del siglo XX. De esta manera, la paternidad se convierte en una paradoja en la que se vuelve imposible deshacerse de la ausencia de alguna de las dos partes, ya que los padres sin hijos y los hijos huérfanos son uno de los principales dinamizadores de la industria cauchera.

sencia

la imposibilidad de la paternidad en *La vorágine*

Para el caso de Clemente Silva, su paternidad es la razón de sus desgracias y la que lo termina ligando permanentemente a la búsqueda de un "otro" por la selva. Su hija María Gertrudis deshonra a la familia, su hijo Luciano, que intentó advertirle sobre lo que le sucedía a su hermana, termina escapando de la casa, y su esposa, profundamente afectada por la pérdida de sus dos hijos, muere de pena. Entonces, Silva asume su "responsabilidad" como padre y va en busca de Luciano, cargando solo con el dolor del derrumbe de su familia. Siguiendo el rastro de Luciano, termina envuelto en las dinámicas deshumanizantes y explotadoras de las caucherías durante años. Termina por abandonarse a sí mismo en medio de la desesperación causada por la ausencia de su hijo, y se obliga a seguir los pasos del muchacho por años.

En varias ocasiones, Clemente estuvo cerca de encontrar a Luciano, incluso negoció la libertad de este a cambio de la suya propia. No obstante, cada vez que parecía que la tensión de la ausencia y la presencia iba a resolverse, se interponía el funcionamiento esclavizante de las caucherías. El mismo Luciano reafirmó la imposibilidad de dejar el lugar de corporeidad ausente en la vida de su padre cuando talló "adiós, adiós" en la corteza de uno de los árboles que Clemente había marcado y, finalmente, cuando se suicidó frente a la madona por las deudas que lo ahogaban. Su suicidio marca un límite definitivo e inamovible: la muerte. Silva es condenado a cargar, una vez más, con la ausencia de su hijo y con el único consuelo de materializarlo en los huesos perdidos que nunca podrá encontrar.

Para el caso de Cova, se trata de un padre ambivalente. Al principio, ve el embarazo de Alicia como una desventura. Si bien toma el rol de protector asociado históricamente a la masculinidad en el núcleo familiar, esto sucede después de que tuviera una conversación

con don Rafo, en honor a quien nombra a su hijo. Aquí empieza a tejerse la tensión ausencia-presencia que se mencionó al inicio: una vez el hijo se hace presente, el padre, aunque no abandone a la futura madre, no ve en él un sujeto, sino una atadura más a ella, lo que crea una distancia simbólica entre padre e hijo. Adicionalmente, Arturo tiene fantasías con su vida como poeta reconocido junto a Alicia y a Rafael, lo que si bien demuestra su ilusión de ser padre, en ningún momento refleja que se vea a sí mismo ejerciendo roles de cuidado del niño.

En un segundo momento del desarrollo de su paternidad, una vez ha pasado por las duras condiciones selváticas, la idealización de su vida futura con Alicia cambia: deja de ver a la joven como una mera propiedad que está presente únicamente como el fantasma de la madre de su hijo. Parece que la profunda deshumanización que presenció y escuchó en los relatos de sus compañeros lo llevó a reconocer la presencia de Alicia y del bebé como corporalidades con agencia. El reconocimiento de estos "otros" por fuera de sí mismo transforma la manera en la que se relaciona con su hijo al asumir el rol de cuidador activo que anteriormente le achacaba a Alicia: tiene en cuenta la disponibilidad de leche para el bebé en el camino y él mismo lo carga bajo su ruana (2019, p. 339).

Desgraciadamente, la reunión de Arturo con su hijo desestabiliza el modelo de paternidad en el universo de la obra. Siguiendo la estructura de la novela, sería inverosímil que la presencia conjunta del padre-hijo pudiera escapar de las enredaderas de la selva a sabiendas que la imposibilidad de esta es el motor dinamizador de la relación y, de paso, de la industria cauchera. Arturo era consciente de ello y por eso quería alejar a su hijo "del dolor y la esclavitud" (p. 338) de las caucherías. Sabía que mientras se mantuvieran allí, corría el riesgo de ser absorbido por la demanda constante de mano de obra a explotar. Por esta razón, al final solo puede quedar la ausencia después de que la presencia desestabilizara el funcionamiento de la relación padre-hijo.

En conclusión, a pesar de que a ambas paternidades las motive al inicio la búsqueda de sus hijos ausentes, es solo la de Clemente Silva la paternidad que cabe dentro del mundo de La vorágine en tanto no amenaza el funcionamiento de la industria cauchera y conserva la tensión ausencia-presencia. En contraposición, la paternidad de Arturo Cova puede llegar a verse como un atisbo de esperanza peligroso al lograr operar únicamente desde la presencia, por lo que debe ser y es enterrada en las profundidades de la selva.

Referencias

Rivera, J. E. (2019). *La vorágine*. Panamericana Editorial.

La sensibilidad en la escucha del



Hay que ser avaros con el dolor

-José Eustasio Rivera

“Seguía el silencio de mi corazón” (Rivera, 2015, p. 19). Incluso antes de introducirnos su relación con Alicia o con la selva, Arturo Cova nos habla de lo que calla su espíritu. Esta intención del silencio debe ser acompañada por la escucha, porque sin la acción profunda de comprensión del signo, no habría una comunicación completa. Lo que necesita ser expresado, pero rebasa las palabras, se escucha en las lágrimas, gestos y marcas de los distintos cuerpos, así como en la selva y su historia.

Como dice Le Guin (2004): “Escuchar no es reaccionar, es establecer una conexión. Al escuchar una conversación o una anécdota, no solo respondemos a ella, sino que nos sumamos, pasamos a formar parte de la acción” (p. 144). Por ello, finalizado el encuentro con algún personaje, lo que se percibió en su discurso, tanto en palabras como gestos y actitudes, permite un espacio de mutismo para reconectar. Cova asimila una relación con la vida arremolinada de sufrimientos de los caucheros que, a su vez, son la mediación que integran una verdad, dolorosa y desgarrada, de la vida, así como de la historia de nuestro país. Los encuentros con El Pipa, Clemente Silva [1], Luciano o Ramiro Estévanez permiten un acercamiento diverso, pero siempre complejo a la problemática y el desarrollo de la conciencia de escucha. Por ahora, veamos qué sucede antes de la conexión:

> ¿Para qué las ciudades? Quizá mi fuente de poesía estaba en el secreto de los bosques intactos, en la caricia de las auras, en el idioma desconocido de las cosas; en cantar lo que dice al peñón la onda que se despide, el arrebol a la ciénaga, la estrella a las inmensidades que guardan el silencio de Dios. Allí en esos campos soñé quedarme con Alicia, a envejecer entre la juventud de nuestros hijos, a declinar ante los soles nacientes, a sentir fatigados nuestros corazones entre la savia vigorosa de los vegetales centenarios, hasta que un día llorara yo sobre su cadáver o ella sobre el mío. (p. 90)

[1] A través del relato de su padre y de la pequeña intervención de Zoraida sobre su muerte en la tercera parte: “¡Él sabía que yo cargaba el revólver entre el corpiño! Inclinose sobre mi hamaca, como oliéndome, como palpándome. ¡De pronto, un disparo! ¡Y me bañó los senos en sangre!” (p. 296)

Aquí, la selva y el recorrido todavía cargaban con el tinte de melancolía de un futuro feliz ya perdido, pero que todavía mantiene un matiz de esperanza. Aún no había escucha del silencio. Sin embargo, era de esperarse de quien no tiene aún vínculo con la percepción auditiva: Cova ve belleza en el campo, sus hojas y en los lenguajes que esconden; hay una suerte de enaltecimiento en lo que desconoce de la naturaleza, pues la ve como vida y tierra prolífera.

Aun así, sabemos que Cova es un ser bañado por la vehemencia mal encaminada: los celos, el odio y la ira que provoca sentir la pérdida de su "amada": "Alicia me trataba ya no sólo con indiferencia, sino con mal disimulado desdén. Desde entonces comencé a apasionarme por ella y hasta me dio por idealizarla" (p. 64). Esta idealización es la burbuja anti sonido que merodea a quien no conoce la desgracia común y piensa solo en la propia. Cova no escucha, pero los demás le escuchan a él; este silencio del corazón es escuchado por sus compañeros de viaje, quienes accionan ante él, se suman, tal vez para enseñarle a Arturo cómo escucharlos:

¿Cuál era la razón de sufrir por ella? Había que olvidar, había que reír, había que empezar de nuevo. Mi destino así lo exigía, así lo deseaban, tácitos, mis camaradas. El Pipa, disfrazando la intención con el disimulo, cantó cierta vez un llorao genial (...). (p. 123)

Con el tiempo, Cova aprende a escuchar el silencio del corazón de sus camaradas y actúa ante ello. Podemos notar su nueva empatía cuando le comunica a Franco con tal pasión su descubrimiento en el cuerpo de Zoraida: "— ¡Franco, Franco, por Dios! ¡La madona con los zarcillos de tu mujer! ¡Con las esmeraldas de la niña Griselda!" (p. 274). Al inicio, solo conecta con una situación similar, pero su escucha activa del silencio termina manifestándose en lo que concierne a las mujeres tanto como con los demás lazos afectivos, todos tan humanos y rotos en la manifestación violenta.

> Esta frase fue para mí una revelación: Ramiro era el hombre que, según don Clemente Silva, presenció las tragedias de San Fernando del Atabapo y solía relatar que Funes enterraba la gente viva. Él había visto cosas extraordinarias en el pillaje y la crueldad, y yo ardía por conocer detalles de esa crónica pavorosa. (p. 254)

El poeta, ahora lector de silencios, para este punto de la historia, está completamente involucrado en el dolor de sus pares. Se ha creado una relación profunda con la herida del oprimido: ha hecho una conexión, como estableció Le Guin. Cova escuchó un testimonio que le ayudó a entender el silencio que esconden los ojos lastimados de su viejo amigo, la pesada carga emocional que callan las palabras de Clemente Silva y los recuerdos en los poros de la piel de Zoraida que cargan la desventura de Lucianito: "¡Entretanto que la miraba, absolví mentalmente tu inexperiencia, desventurado Luciano Silva, y adiviné el desenlace de tu pasión!" (p. 236).

El silencio no solo es humano, mucho menos lo es la escucha. Cova comparte especialmente con la selva y ella, en su mudez, le dirige su voz para mostrarle fiereza, nada parecida a la belleza que él le adjudicaba: "Yo no era más que un residuo humano de fiebres y pesares. De noche, el hambre nos desvelaba como un vampiro, y porque ya venían las lluvias, concertamos la dispersión para asilarnos luego en Venezuela" (p. 117).

Por supuesto, la selva no puede ser agradable al ser explotada; "Aquel río, sin ondulaciones, sin espumas, era mudo, tétricamente mudo como el presagio, y daba la impresión de un camino oscuro que se moviera hacia el vórtice de la nada" (p. 137). En lo que designamos ruido, calla una historia que debe ser escuchada, pues "el sonido supone un acontecimiento" (p. 145). Cova, quien antes poetizaba las hojas y los atardeceres, ahora sabe que también son temibles y austeros: hemos presenciado cómo escucha la tragedia de lo que lo rodea, que, a fin de cuentas, la siente suya.

> Las personas también podemos formar comunidades de muchos, al enviar y recibir continuamente partes de nosotros de ida y vuelta: dicho de otro modo, al hablar y al escuchar. Hablar y escuchar son en última instancia la misma cosa. (p. 138)

Es la trasmisión escrita de sus pesares, los de sus acompañantes y los del territorio, la culminación del proceso de escucha de lo no dicho, de lo sentido. Al matar a Barrera, su triunfo no es suyo, es de todos los que sufrieron: "Esto lo escribo aquí, en el barracón de Manuel Cardoso, donde vendrá a buscarnos don Clemente Silva. Ya libré a mi patria del hijo infame. Ya no existe el enganchador. ¡Lo maté! ¡Lo maté!" (p. 339).

El silencio que se origina del dolor y el temor para quien escucha lo obliga a reaccionar. Rivera escribe para denunciar, Cova quiere llevar el manuscrito a un Cónsul. Para esta escucha se requiere mucho más que ser conscientes de un sonido: se necesita la integración de los demás sentidos; debemos ver las cicatrices, sentir los espacios y oler la sangre derramada.

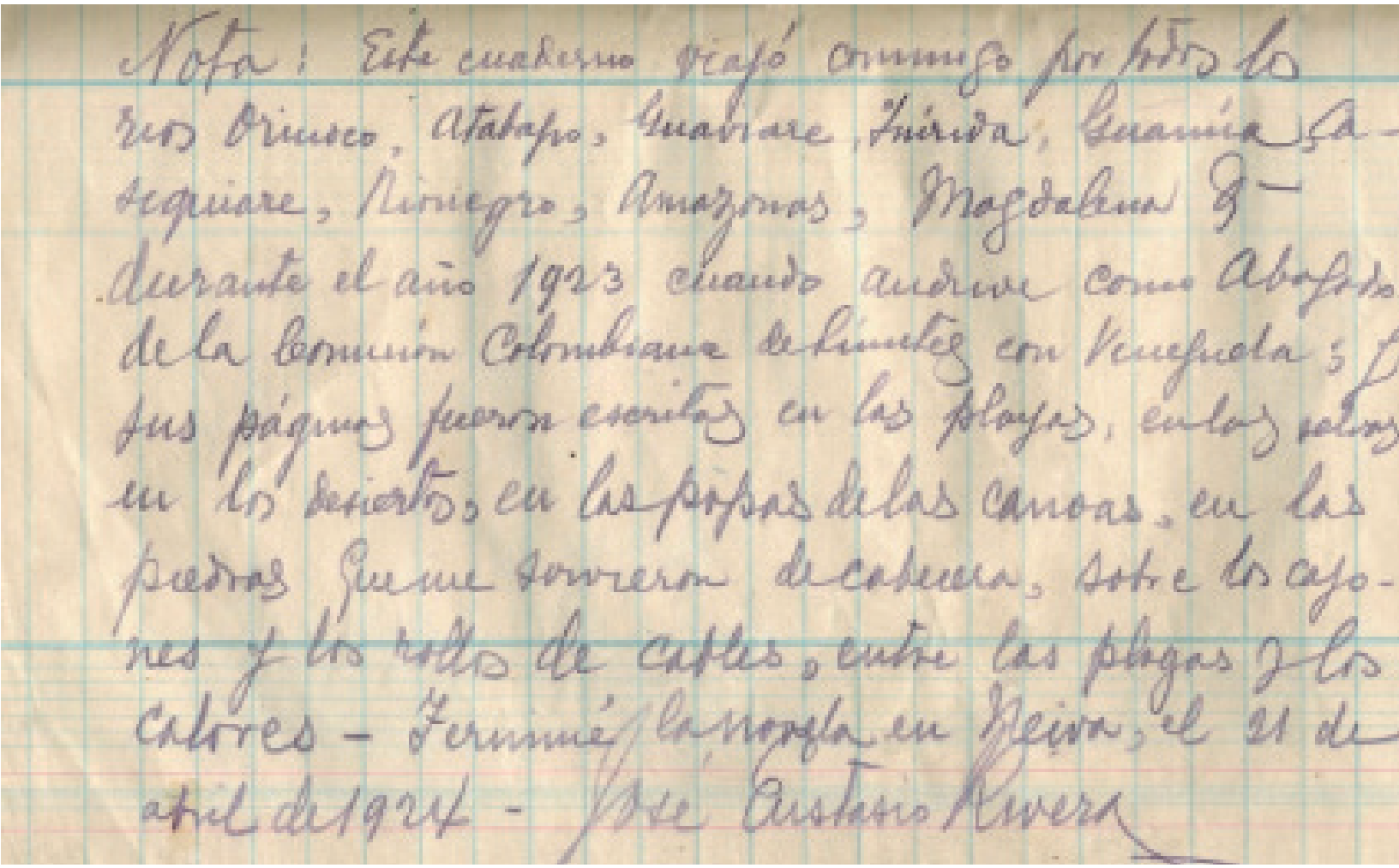
Escuchar requiere tanto de atención como de involucramiento, por ello, *La vorágine* puede ser leída en clave del silencio, puesto que los rastros de la violencia nos hablan y les hablan a los diferentes personajes.

Referencias

Le Guin, U. (2004). *Contar es escuchar*. Editorial círculo de tiza.

Rivera, J. (2015). *La vorágine*. Editorial Atenea.

Por María Fernanda Barrientos Sánchez



Las diversas caras de la feminidad

Por Sara María Jaimes Durán
Ilustración por María Alejandra Gómez Arroyo

En *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, podemos evidenciar varias propuestas del rol femenino en el género narrativo a partir de una perspectiva masculina. *La vorágine* una de las más grandes obras de la literatura colombiana, nos plantea un escenario donde el foco principal es la violencia. Es por esto que en la obra encontramos consecuencias de esta violencia que se reflejan en el mismo comportamiento de los personajes, además, las mujeres son una de las poblaciones más afectadas por este factor, lo que repercute completamente en la estructuración de las feminidades influenciada por el contexto en el que se desarrollan. Por medio de este texto, explicaremos las diversas caras de la feminidad en la obra de José Eustasio Rivera.

La feminidad en *La vorágine* se aborda desde los mismos ojos del protagonista, Arturo Cova, quien a pesar de ser retratado como una persona sensible y pasional, no logra salir del molde machista y misógino del hombre universal. De la mano de Cova viene consigo Alicia, que el mismo Arturo nos presenta como su acompañante, un ser débil, sensible e insípido, pero sobre todo, nos habla de él y de otras mujeres que lo rodean a partir del deseo que puede llegar a generar a él como hombre. También podemos tomar como ejemplo a Griselda, que al comienzo él mismo nos la muestra como un ser vulgar e inferior, hasta el momento en el que empieza a desearla, más adelante, cuando este deseo desaparece, vuelve a despreciarla a consecuencia de su desobediencia, dejando en evidencia que su agrado hacía las mujeres va ligado a su deseo carnal y sumisión.



De esto mismo encontramos varios ejemplos en el texto, tan solo en la primera parte vemos una resistencia por parte de Alicia hacía algunos de los comportamientos de Arturo, sin embargo, tanto ella como sus reclamos son ridiculizados. La perspectiva y la forma en la que se muestra a Alicia, va transformándose dependiendo de los sentimientos que tiene Arturo por ella, de su deseo o de qué tan satisfecho está él con su comportamiento. Teniendo en cuenta lo planteado anteriormente, podemos hablar de dos de las caras de la feminidad que se encuentran en la obra: la primera, que nace a partir del deseo carnal del hombre y la segunda, a partir de la obediencia e inferioridad en la que se posiciona a la mujer.

Durante todo el libro se repudian diferentes características que Arturo encuentra en las mujeres como desagradables, pero al ser vistas en un hombre resultan admirables. Por ejemplo, cuando Arturo Cova se encuentra hablando de la Turca, resalta en ella su ambición y su singularidad, que desde su punto de vista son propias de los hombres, por lo que la llama mujer varonil con una connotación desagradable y completamente negativa al tratarse de una mujer, que pese a ser de su deseo, rechaza completamente y e ignora su humanidad.

También podemos tomar como ejemplo, al comienzo de la segunda parte, cuando aparecen las matronas indígenas donde se resaltan características que a los ojos de Arturo, las muestra con asco y desagrado, habla de estas mujeres mayores con adjetivos despectivos como senil y repugnante, resalta sus senos diciendo que son flácidos y que no son objeto de su deseo. Aquí se nos plantea otra de las caras de la feminidad, donde como en esta, hay muchas otras situaciones en el libro que nos muestran que hombres y mujeres son contemplados bajo los mismos parámetros, teniendo en cuenta que un hombre de las mismas características de las matronas, es visto como un hombre sabio y digno de respeto, contraria a la descripción que se tiene de estos personajes femeninos.

La vorágine es un libro de hombres, que se encarga de presentar un sesgo hostil hacia las mujeres ignorando completamente su humanidad e independencia, condicionando su existencia a la perspectiva masculina y al deseo que puedan generar o al amor que ellos puedan sentir hacia ellas. El contexto y la violencia de las cuales son víctimas las mujeres de la obra las condiciona a ser narradas desde una perspectiva masculina. Las diversas caras de la feminidad en *La vorágine* son un reflejo de la violencia estructural que pertenece al contexto en el cual fue escrita.

La selva solo pone en evidencia lo que los hombres ya son.
En *Inés del alma mía* (2006), Isabel Allende

Detrás de los perros vienen siempre los hombres con un gran ruido, que mata. Cuando oigan cerca este ruido, tírense de cabeza al suelo, por alto que sea el árbol.
En *Cuentos de la selva* (1918), Horacio Quiroga

la relación ecoica entre el humano y la selva

Por Valentina Cianci

Tildada de villana por atentar contra la cordura de quienes la atravesaban y habiéndose engullido a los protagonistas, la selva fue interpretada como el mal omnipresente de La vorágine (1924). Sin estar precisamente de acuerdo, me he puesto la tarea de comprender el rol de la selva como personaje. Mi convicción nace de las múltiples escenas en las que Arturo Cova se compadece de los lamentos de los árboles. Conforme avanza el relato, Cova asume un tono tierno al momento de escribir sobre el paisaje que lo rodea, sintiendo culpa por la forma en la que los humanos se aprovechan de la "mina verde" (Rivera, 2019, p. 307. He encontrado que, desde el principio de la novela, hay una relación antagónica entre el humano y la selva donde esta última opera como una especie de hechicera que hipnotiza y conjura, manifestándose como reflejo de los sueños y vicios de los personajes. Dentro de su quietud, la vegetación cobra vida y adquiere agencia, y haciéndole eco a las desventuras de estos sujetos, engañándo y desapareciéndolos en medio de su espesura.

Debe decirse que aquel embrujo sucede particularmente a través de la sonoridad de los árboles. Cuando Arturo y Alicia recién llegan al Casanare, él se percata de la aflicción de ella, resultado de una mezcla entre arrepentimiento y desdén debido a su apresurada huída de Bogotá. En un momento, Arturo piensa que Alicia llora e inmediatamente nota que está equivocado, afinando el oído para darse cuenta de que la fuente del sonido no es su compañera sino "una palmera de macanilla, fina como un pincel, obedeciendo a la brisa, hacía llorar sus flecos en el crepúsculo" (Rivera, 2019, p. 45). En el transcurso de la primera parte de la novela, las manifestaciones llano aparentaban un aire de protección y decoro, incluso cuando el paisaje mismo estaba fracturado:

"Alrededor de la huerta daban fresco los platanales, de hojas susurrantes y rotas, dentro de la cerca de guadua que protegía la vivienda" (Rivera, 2019, p. 46).

[1]Del discurso nobel de Olga Tokarczuk. La palabra original es *känslighet* que se traduce más precisamente a *tender* o sensible, sin embargo, la traducción al español emplea la palabra tierno. El término se refiere a una sensibilidad más que a un sentimiento de ternura. Se trata de darle un espacio dentro de la narración a aquello que suele dejarse en un segundo plano, reconociendo a este elemento como parte de un organismo que engloba cada elemento del relato.

Concluyendo esa primera parte, en medio del espectáculo piromántico propiciado por Franco, el ecosistema hacía delirar a Cova mediante "el traquido de los arbustos, el ululante coro de las sierpes y de las fieras, el tropel de los ganados pavóricos" (Rivera, 2019, p. 137). Esa sonoridad casi apocalíptica lo seducía hacia el interior de la selva a modo de encantamiento, en palabras de Cova: "aislándome del mundo que conocí" (Rivera, 2019, p. 137). Desde este momento, la acción del hombre (inicialmente Cova y sucesivamente es algo que empieza a filtrarse entre los demás personajes) posterior al caos sensorio del incendio emana vileza, llegando incluso a compararse con Satanás. Esta es un indicio temprano de que el antagonista no es su entorno sino él mismo.

Ya en la segunda parte de la novela se aprecia una consciencia de la imponencia y vitalidad de la selva. El monólogo de Cova que da inicio a la travesía por este nuevo entorno nota la oscuridad, soledad y ominosidad que representaba para los viajantes, comparando a la curiara –la embarcación sobre la cual se trasladaban río abajo– con un ataúd flotante. En pocas palabras, Arturo sentía la muerte y el terror en la medida en que se adentraba en la selva, replicando un escenario dantesco. Más adelante, el Pipa, consumido por el yagé, expresó que

> **"los árboles de la selva eran gigantes paralizados y que de noche platicaban y se hacían señas (...) Quejábanse de la mano que los hería, del hacha que los derribaba (...)" (Rivera, 2019, p. 159).**

La combinación del terror que inspiraba el ecosistema y la afección que sentía el mismo respecto a la violencia lenta infligida por los caucheros, el discurso de los viajeros –como Cova y el Pipa– empezó a interpretar del comportamiento de la selva una hostilidad hacia la presencia humana.

El Pipa, dentro de su narración, también contó haber conversado con la arena, las corrientes y la caoba (Rivera, 2019, pp. 173-175) en un vaivén de peticiones y amenazas. A partir de sus cuentos, la selva se denota maldita y embrujada. De forma similar, Clemente Silva admite que "mientras el cauchero sangra a los árboles, las sanguijuelas lo sangran a él. La selva se defiende de sus verdugos, y al fin el hombre resulta ser vencido" (Rivera, 2019, p.190). He de dejar en claro que cada una de estas citas corresponde a la percepción de los personajes. No existe una variante fantástica dentro de la novela que suavice la gravedad de los hechos: los hombres deliran a raíz de su sentimiento de culpa y de sus temores. Trasladan la villanía al agente más imparcial: la selva. El final de esta segunda parte resulta especialmente desgarrador por aquella razón, pues se le acusa al árbol de ser el asesino de Lucianito, ocultando los terrores que ha provocado la "civilización" entre el follaje.

Cova inicia la tercera parte reconociendo la herida que el hombre provoca en los árboles, justificada bajo su propia ambición –enriquecerse mediante la explotación del ecosistema–. Nos da a entender que, sin embargo, el humano y su entorno selvático empiezan a fusionarse: "la leche disputada se salpica de gotas enrojecidas" (Rivera, 2019, p. 236). Mientras Cova, Franco y Silva caminaban entre la espesura, afloró una conversación en torno al "embrujamiento de la montaña", en la cual reflexionaban sobre esa sensación de persecución que acechaba al hombre en la selva. La conclusión se remitió al contexto: así como el hombre amenaza al árbol, el árbol amenaza al hombre (Rivera, 2019).

Esto, no porque se trate de seres fantásticos que en realidad se comuniquen con el humano –sería inverosímil asumirlo en el contexto de la novela– sino porque es una respuesta moral dentro de su propia consciencia. El hombre formula una realidad alterna que expíe sus falacias en vez de responsabilizarse por las mismas.

La sed de poder, hombría y riqueza salvajizan al hombre, transformándolo en un invasor de la selva que renuncia voluntariamente a la ciudad letrada. Estas concepciones de la selva como entre vengativo que radican en lo sobrenatural, hablan más de la naturaleza del humano que de la misma vegetación. Es provechoso hilar estas escenas y descubrir la afinidad que tienen en cuanto a lo sonoro; como si el paisaje sonoro de la selva sugestionara a la mente, motivando asunciones que exceden lo racional. El hombre y la selva, entonces, se relacionan a través de ecos de una conversación desequilibrada, pues radica en lo antropocéntrico. La expresión ha sido monopolizada por el hombre y, sin embargo, los intereses del ecosistema se filtran entre los sonidos que interpretan o parecen escuchar los personajes. Así, *La vorágine* pone en cuestión la tergiversación del discurso por parte de personajes masculinos al momento de ocuparse de lo selvático, otorgando el salvajismo a los primeros.

Referencias

Rivera, J. E. (2019). *La vorágine* (2.ª ed.). Editorial Panamericana.

Tokarczuk, O. (9 de diciembre de 2019). *La Nobel de Literatura Olga Tokarczuk reivindica la ternura para mejorar el mundo, la vida.* WMagazín. Recuperado de https://wmagazin com/relatos/la-nobel-de-literatura-olga-tokarczuk-reivindica-la-ternura-para-mejorar-el-mundo-la-vida/#el-narrador tierno

Suena la vorágine

Por Jorge Ernesto Ramirez Cuastuza

No hay oído absoluto, el problema es tener un oído imposible –volver audibles fuerzas que no son audibles por sí mismas.

Gilles Deleuze, *Dos regímenes de locos* (2008).

En la novela *La vorágine* (1924) del escritor colombiano José Eustasio Rivera (1888 – 1928), existen infinidad de temas y detalles en los cuales es posible detenerse y, a partir de ellos, realizar un análisis exhaustivo que dé cuenta de la obra en su totalidad. La cuidadosa riqueza poética y la inventiva prodigiosa de Rivera están maravillosamente entretejidas para que hasta el mínimo detalle cobre relevancia. Por lo tanto, para este pequeño texto, consideré importante enfocar mi lectura y análisis en el paisaje sonoro de la selva —que funciona a la par del paisaje visual y descriptivo que hábilmente dibuja Rivera—; pues, a partir de la información codificada en su sonoridad, es posible reconocer a la selva, no como un objeto que evidentemente es violentado, sino como un sujeto que responde ante la pulsión violenta del hombre con igual o mayor fuerza y, así mismo, desde el febril delirio de su enigma.

Lo primero es poner en evidencia el juego de presencia/ausencia del sonido que paulatinamente se dinamiza y se advierte desde la primera parte de la novela, cuando los personajes comienzan el viaje, avanzan por el rio y entran en la espesura de la selva amazónica: “Los follajes de las palmeras que nos daban abrigo *enmudecían sobre nosotros. Un silencio infinito flotaba en el ámbito*, azulando la transparencia del aire” (p. 20, énfasis mío), “(...) Aquel río, sin ondulaciones, sin espumas, *era mudo, tétricamente mudo como el presagio*, y daba la impresión de un camino oscuro que se moviera hacia el vórtice de la nada” (p. 141, énfasis mío). Con esto, cabe la posibilidad de pensar que la naturaleza no aparece como un simple adorno o como elemento decorativo que hace las veces de accesorio en la obra, por el contrario, a medida que el viaje y la novela avanzan, es posible casi escuchar lo que el susurro de las plantas augura, lo que el llanto de las palmas predice. El sonido, de un elemento aparentemente ambiental, se transforma en un elemento comunicador rebosante de información. Pasa lo mismo con el sonido de algunos animales que sirve de catalizador para otras emociones, como lo que le sucede a Antonio Correa durante el viaje con el suave y casi silencioso canto del piapoco: “Puee irse

muy lejos y corré tierras; pero *onde oiga cantá otro pájaro semejante*, se pondrá triste y tendrá que volverse (...)" (p. 53, énfasis mío), "—Es que Correa le teme por la amenaza de que va a causarle maleficio. *Ha dado por entristecerse cuando escucha cierto pájaro*" (p. 162, énfasis mío).

Por otro lado, también es conveniente apuntar que en la medida en que la lectura avanza, poco a poco es posible percibir la transformación del silencio a la estridencia de la selva que termina devorándolo casi todo. El punto de inflexión definitivo se da durante los delirios de Cova dentro de la selva amazónica, donde el silencio se rompe completamente y el clamor de la selva se vuelve palabra:

> Entonces la caoba meció sus ramas y escuché en sus rumores estos anatemas: "Picadlo, picadlo con vuestro hierro, para que experimente lo que es el hacha en la carne viva. ¡Picadlo aunque esté indefenso, pues él también destruyó los árboles y es justo que conozca nuestro martirio!" (p.177).

Esto no es fortuito y los sonidos, de silencio en un principio en los llanos al iniciar la novela y luego de estridencia en la Amazonía cerca del final, van de la mano de la escalada de violencia y horror que tiene como escenario la selva amazónica y la esclavización en las caucherías. Desde el momento en que en el delirio de Cova la selva le habla, es posible identificar cómo el sonido ha tomado fuerza y mayor protagonismo, y así mismo, cómo en cada sonido, se codifica un significado que va de la mano con el desarrollo de la novela: en primer lugar, como una advertencia: "Aquella noche incendiaban la sombra los relámpagos y *la selva crujía con rumores tétricos* (p. 191, énfasis mío), "(...) Un temblor de ramas no es rebeldía que me inspire afecto. *¿Por qué no ruge toda la selva* y nos aplasta como a reptiles para castigar la explotación vil?" (p. 243, énfasis mío); y luego, en la desesperación de encontrarse perdidos en medio de la selva, como un reclamo de Cova y quienes le acompañan por una respuesta, aun cuando uno de ellos (Clemente Silva) reconoce y comunica la importancia de oír la naturaleza: "Él les aconsejó no mirar los árboles, porque hacen señas, ni escuchar los murmurios, porque dicen cosas, ni pronunciar palabra, porque los ramajes remedan la voz" (p. 265), "¿Por qué los árboles silenciosos han de negarse a decirle al hombre lo que debe hacer para no morir?" (p. 266).

Después de todo, es importante señalar que en esta propuesta de lectura, la disonancia y el ruido emergen como espacios en los cuales aparecen sujetos, voces y manifestaciones sonoras que irrumpen en la escena dentro de la obra a través de un gesto poético disonante donde la naturaleza reclama el protagonismo.

La disonancia y el ruido se convierten en territorios fronterizos de la experiencia, donde es preciso escuchar atentamente y enfrentarse a la prueba de su propia capacidad de significación. Es en estos espacios donde la voz poética se pone a prueba y se interroga acerca de qué puede captar y expresar más allá de los confines tradicionales.

Por último, considero necesario rescatar un fragmento del *Estudio de obra* realizado por Felipe Martínez Pinzón en 2022, que, aunque no centra su estudio en la importancia del sonido en la novela, propone el oír la naturaleza de Clemente Silva como clave para entrar en el mundo de *La vorágine*: "Oír a los árboles —o ver en los árboles la historia de los hombres— es una de las más importantes enseñanzas de la novela y a la vez una de las claves para disfrutar de su lectura" (p.378). Así mismo, rescata las palabras de Montserrat Ordóñez quien señala la importancia de "dejarse embrujar por la novela y la selva porque puede ser la única forma de oír no a Cova sino a la selva, ese mundo de señas, murmullos y silencios que muchas lecturas ignoran" (p. 378).

Referencias

Rivera, J. (2022). *La vorágine*. Loqueleo.

Martínez, F. (2022). "Estudio de obra". En: *La vorágine*. Loqueleo. Ordóñez, M. (2006).

"Introducción". En: *La vorágine*. Cátedra.

La Vorágine

José Eustasio Rivera

[redacted]

Novela =

(Segunda. abril 22. 1922
Rionegro, Orinoco, Guaviare, Guainía, Caquetá, Amazonas, 1923

"Los que en un tiempo creyeron que mi inteligencia vacilaría extraordinariamente, cuando cerca aureola de mi juventud: los que se alejaron de mí apenas mi planta descendió al infortunio; los que al recordarme alguna vez piensan en mi fracaso y se preguntan por qué no fui lo que supe haber sido, sepan que el destino implacable me desarraigó de la prosperidad incipiente y me lanzó a las pampas, para que vacilara, vagabundo, ante los vientos, y me extinguiera como ellos, sin dejar más que ruina y desolación."

(Fragmento de una carta de Arturo Cova)

1ª PARTE

x
x x

Referencias de imágenes

Tres poemas de cristal nublado

GOP creative. s.f. *Line art grass* [Ilustración]. CANVA. (https://www.canva.com/icons/MAF4eGNzY8I/)

La identidad colectiva definida por la domesticación colonial del territorio

Waldseemüller, M. (1959). *Mapa Universal de 1507* [Mapa]. Escala indeterminada. Madrid: Gráficas Yagues.

Agua nuestra

Saiuk, Olha. s.f. *Stream of Water Sketch* [Ilustración]. CANVA. (https://www.canva.com/icons/MAE1Qg6oRkQ/)

Revolucionar el Jardín

Jardín Botánico de Bogotá. (2021). Sin título [jpg]. Gobierno de Bogotá, Bogotá. https://bogota.gov.co/mi-ciudad/ambiente/implementacion-de-huertas-urbanas-y-periurbanas-en-bogota

Un abismo antropófago

Sánchez, Carlos. (2013). *Selva mágica*. [Pintura]. Artelista. Ecuador.(https://www.artelista.com/obra/1016421738100184-selva-magica.html)

La sensibilidad en la escucha del silencio

Eustasio Rivera, José. (1924). *Nota en el cuaderno de José Eustasio Rivera* [Escaneado]. Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá. https://casadeltiempo.uam.mx/index.php/30-ct-vi-15/537-ct-vi-15-un-vortice-de-sangradas-escrituras-andres-felipe-escovar

Sobre el embrujo

Mrrashad. s.f. Eye [Ilustración]. CANVA. (https://www.canva.com/icons/MAEB0hEJXaA/)

Joy8046. s.f. *Sunflower Petals Watercolor Illustration* [Ilustración]. CANVA. (https://www.canva.com/photos/MAEuHsCD_UI/)

Suena la vorágine

Eustasio Rivera, José. (1923). *Manuscrito de La vorágine* [Escaneado]. Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá. https://www.bibliotecanacional.gov.co/es-co/colecciones/biblioteca-digital/publicacion?nombre=Manuscrito+de+La+vor%C3%A1gine

Collages y vectores

Imágenes tomadas de: Banco de imágenes y vectores Veectzy. https://es.vecteezy.com

Imágenes tomadas de: Banco de imágenes. https://openverse.org

Imágenes tomadas de: Banco de imágenes. https://www.flickr.com

| NÚMERO 1 | JULIO-NOVIEMBRE , 2024 | Bogotá | ISSN xxxx-

Coordinadoras
María José Vargas Rozo
Melissa Medina Ramírez
Valeria Gómez Pérez

Editorial
Alejandra Sanabria Valbuena
Alejandra Bejarano
Danna Gabriela Niño Moros
María José Vargas Rozo
Melissa Medina Ramírez
Nick Torrenegra Peña
Paula Arias León
Samy Alejandra López Alvarado
Simona Castro Bernal
Valentina Cianci Sánchez
Valeria Gómez Pérez
María Fernanda Martínez

Diagramación y diseño
María Alejandra Gómez Arroyo
María Fernanda Martínez
Sara Juliana Camargo Molano
Sofía Suspes Melo

Redes sociales
María José Sánchez
Sara Juliana Camargo Molano
Sofía Suspes Melo
Valentina Cianci Sánchez
Valeria Gómez Pérez

El Higuerón es una revista académica, de frecuencia semestral, a cargo de estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana.

Agradecimientos especiales

Daniel Vargas Roncancio — *Estudiante de literatura y filosofía*
Nicolás Morales, Rafael Nieto, Favio Flórez y Álvaro Urrea — *Editorial Javeriana*
Jorge Camargo — *Asistente de Decanatura Facultad de Ciencias Sociales*
Óscar Guarín y Marta Cabrera — *Coordinadores de Nautilus*
Diego Parra — *Profesional en el programa de participación del Medio Universitario.*

Esta revista y su contenido se encuentran protegidos bajo la licencia Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons. Se permite su distribución y adaptación, incluso con fines comerciales, siempre que le sea reconocida la autoría de la creación original.

Los textos presentados en la siguientes publicación expresan la opinión de los autores de los artículos. Dichas opiniones son responsabilidad exclusiva de sus respectivos autores y no reflejan necesariamente la opinión de El Higuerón o la Pontificia Universidad Javeriana.

